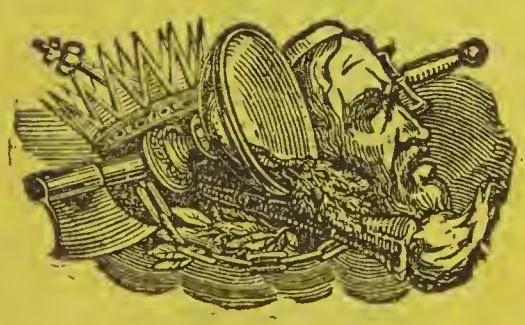
Lana

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

BARÓMETRO CONYUGAL,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA.



MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, N. 9.
1859.

CATALOGO

de las obras Dramáticas y Líricas de la Galeria

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Ahogarse á la orilla.
Alarcon.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
Al pié de la letra.
Antiguos y modernos.
Aqui está un moso é verdá.
Abnegacion y nobeiza.
Amores perdidos.

Bonito viaje.
Boadicca, *drama heróico*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Bienes mal adquiridos
Baltasar.
Barómetro conyugal.

Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres politicas.
Contrastes.
Catilina.
Cárlos IX y los Hugonotes.
Culpa y castigo.
Córte y cortijo.
Caza mayor.
Carnioli.
Cuatro agravios y ninguno.
Camino del matrimonio.
Duque de Visco,

Dos sobrinos contra un tio.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
D. Primo Segundo y Quinto.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
Diego Corrientes. segunda parte
Diana de San Roman.
D. Tomás.

El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El Niño perdido.
El Hipócrita.
El Cura de aldea.
El querer y el rascar....
El hombre negor.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
Esperanza.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un ángel!
Espinas de una flor.
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El Licenciado Vidriera.
¡En crisis!!!
El Justicia de Aragon.
El Caballero del milagro.
El Monarca y el Judio.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
Echarse en brazos de Dios.
El alma del Rey Garcia
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El hijo pródigo.
El payaso.
El amor y el interés.
Este cuarto se alquila.
El Patriarca del Turia.
El rey del mundo.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo de Amberes
El ciego.
El ultimo vals de Weber.
El traspaso.
Escenas nocturnas.
El laberinto.
El gitano aventurero.
El solteron.
El vértigo de Rosa.
Echar por el atajo.
El reló de San Plácido.
El clavo de los maridos.
El bello ideal.
El hongo y el miriñaque.
El rey de bastos.
El protegido de las nubes.

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.
¡Flor de un dia!!
Flor marchita.
Funesta casualidad.

Grazalema.
Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.
Glorias de España, ó conquista de Lorca.
Glorias mundanas.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lagrimas.
Honrado y criminal

Instintos de Alarcon
Indicios vehementes
Isabel de Médicis.

Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
José Maria.

Los Amantes de Chi
Lo mejor de los dad
Los dos sargentos
la linda vivandera.
Los dos inseparable
La pesadilla de un c
La hija del rey René
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una ca
Llueven hijos.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La choza del almadre
Los patriotas.
Los Amantes de Teru
La verdad en el Espe
La Banda de la Cond
La Esposa de Sancho
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Dilu
La Gloria del arte.
La Gitanilla de Madr
La Madre de San Fer
Las Flores de Don Ju
Las Apariencias.
Las Guerras civiles.
Lecciones de Amor.
Las dos Reinas.
La libertad de Floren
La Archiduquesita.
Las Prohibiciones.
La escuela de los ami
La escuela de los per
La bondad sin la exp
La escala del poder.
Las cuatro estaciones
La vida de Juan Sold
Las querellas del Rey
La oracion de la tard
La llave de oro
La Providencia.
Los tres Banqueros.
Las huérfanas de la Ca
La cruz en la sepultu
La ninfa Iris.
La dicha en el bien aj
Los tres amores.
La mujer del pueblo.
Las carcajadas.

BARÓMETRO CONYUGAL,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ARREGLADA Á NUESTRA ESCENA

POR

D. ANTONIO GARCIA HUERTA, pseud. Lanza y Westerot, Luis Mariano de

Representada por primera vez en el teatro de Lope de Vega el dia 27 de Octubre de 1859.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTISTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.° de la procedencia
3762.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1859.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARGARITA	Doña Amalia Gutierrez.
ROSA	C. Berrobianco.
D. JOSÉ	D. J. Romea.
D. VENANCIO	C. Boldun.
FEDERICO	F. Romea.
JULIO	J. Olona.
UN CRIADO	N. N.
OTRO	N. N.

La escena es en Madrid: época actual.

La propiedad de esta obra pertenece á D. Alonso Gullon, editor de la coleccion de obras dramáticas y líricas titulada El Teatro, *y con arreglo á la ley de propiedad literaria nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones ni en los paises con que haya ó se celebren en adelante convenios internacionales.*

Los comisionados de la misma galeria son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

ACTO PRIMERO.

Habitacion ricamente amueblada en casa del Baron.

ESCENA PRIMERA.

ROSA, MARGARITA.

ROSA. Margarita, tú no eres franca conmigo, tú me ocultas alguna cosa.

MARG. ¿Yo?

ROSA. ¿Á tu hermana? No lo hubiera creido.

MARG. Te aseguro que te engañas: no tengo ningun secreto, no tengo nada que ocultarte, y debo ser dichosa.

ROSA. Tú debes, pero no quieres serlo: es una injusticia no reconocer el mérito de don José Ibarra, de quien vas á ser esposa; que te ama tanto y que merece que le ames lo mismo. ¿Has olvidado acaso lo que ha hecho por nosotras?

MARG. ¿Olvidarlo?... Bien sabes que eso es imposible. Huérfanas casi desde la infancia y confiadas á la tutela de nuestro pobre abuelo...

ROSA. (Sonriendo.) Que tambien necesitaba tutor... ya que no sabe mas que amarnos.

MARG. ¡Amarnos con locura!

ROSA. Eso es algo, pero no sirve para otra cosa; y si, como dice á menudo, no se hubiera él mismo constituido en pupilo de Ibarra...

722655

MARG. En efecto, él ha tenido órden y economia por los que carecian de ambas cualidades. Él, banquero, pero antes que todo amigo de la familia, la ha ayudado siempre con sus consejos, su apoyo y su crédito. ¡Con qué interés ha aumentado los bienes que nos dejó nuestro padre! ¡Con qué generosidad ha velado por todos nuestros intereses!... ¡Oh! no, Rosa mia: ¡yo no lo olvido, yo no lo olvidaré jamás!

ROSA. En buen hora: asi es como yo quiero que hables siempre de él, y todavia no le juzgas como se merece; y es que tú no le conoces tanto como yo. Tú no eres su confidenta, tú le causas miedo... Te ama demasiado para atreverse á abrirte toda su alma, mientras que yo, como mas jóven y como cuñada, no tengo el privilegio de hacerle temblar, y me dice todo lo que siente.

MARG. Pero si siempre estais disputando.

ROSA. Y siempre acabamos por entendernos. ¡Si supieses el juicio y el talento que tiene, y cómo sabe adivinar lo que puede agradarnos y hacernos felices!... Gracias á él, el abuelito adora hoy el baile, despues de haberle detestado largo tiempo. Primero no se decidió, sino con mucho trabajo, á que tuvieramos dos bailes en todo el invierno: el año último hemos recibido dos veces al mes; y hoy, participando de los buenos principios, bailamos todos los miércoles.

MARG. Y cada dia quiere que sus fiestas sean mas brillantes, como desea que sus hijas esten mas bellas.

ROSA. ¿Á quién debemos esto? Á don José, siempre á don José.

MARG. En efecto: él tan formal, tan grave, y que parece no ocuparse nunca mas que de números y negocios, ha querido rodear nuestra juventud de placeres.

ROSA. Poco á poco: ha enseñado al abuelito á hacer todo lo que hacia él mismo, á sacrificar ciegamente todos sus gustos, todos sus deseos, todos sus pensamientos á los nuestros. Asi, mucho tiempo antes de que él hubiese pedido tu mano, yo le miraba ya como de la familia.

MARG. ¡Dios mio! Rosa, ¡con qué calor haces su elogio!

ROSA. Todo el mundo le hace, todo el mundo, excepto tú. Y eso no hace mas que muy poco tiempo: tres meses.

MARG. ¿Tres meses?

ROSA. Si; tú no eres la misma desde el último viaje que hemos hecho juntas á Valencia.

MARG. (Levantándose vivamente.) ¿Qué dices, Rosa?

ROSA. Hasta entonces le hacias justicia. Por él habias rehusado ser esposa de nuestro primo Federico, nuestro amigo de la infancia, y eras feliz con sus proyectos de matrimonio. ¿Qué ha pasado en tu alma? Eso es lo que ignoro... y eso es lo que debia saber.

MARG. (¡Jamás!)

ROSA. Cuando murió nuestra madre, viéndonos las dos solas sobre la tierra, hicimos un juramento que sin duda tu corazon ha olvidado.

MARG. ¡Oh! ¡cállate por piedad!

ROSA. Tú juraste conmigo que jamás tendriamos secretos una para otra. ¿Todavia vacilas en responderme? Bueno: ya que tú no confiesas, yo adivinaré.

MARG. (Mirando por una ventana, cerca de la cual se encuentra.) ¡Ah! ¡es él!

ROSA. ¿Qué tienes?

MARG. Nada, nada.

ROSA. (Mirando tambien por la ventana.) ¡Oh! ¡nuestro primo Federico! ¿Era á él á quien mirabas?

MARG. (Con rapidez.) Si, si: era á él.

ROSA. (¡Él, cuya mano ha rehusado ella misma! Embustera...) (Observa á su hermana durante la escena siguiente.)

ESCENA II.

DICHAS, FEDERICO, entrando seguido de un criado.

FED. Está bien, muchacho: comprendo. ¿No pueden pasar sin mí y mi abuelo me espera con impaciencia?... Suyo soy en cuanto haya presentado mis respetos á mis dos encantadoras primas.—Querida Rosa... (La besa la mano.)

ROSA. Buenos dias, Federico.

FED. (Á Margarita.) Y usted, señora casada, ¿permite usted á su amigo?... Justo es que invoque este título, ya que, atreviéndome á soñar en uno mas dulce, la hice árbitro de mi suerte. Otro hombre mas feliz, elegido por usted, debe ser hoy su esposo; y puesto que su destino es tan digno de envidia, bien puede ceder sin celos alguna cosa á un primo desconsolado. ¿Rehusas?

MARG. (Tendiéndole la mano.) No tal: de todo corazon.

ROSA. (Ya estaba yo segura... No se ha turbado en su presencia, no es á él á quien miraba con tanta emocion.)

FED. ¿Qué dices, Rosa?

ROSA. Digo que se pasa el tiempo, y que nuestros convidados estarán todos reunidos en el salon para la firma del contrato, antes que hayas pensado...

FED. ¿Los preparativos de la fiesta?... ¡Error crasísimo! Yo he hecho las cosas en conciencia, como si hubieran sido para mí, y he dado las órdenes necesarias. ¿No soy el único que tiene hoy ese empleo? El futuro está desde esta mañana enfrascado en sus números... su elemento habitual: quiere aumentar la dote de su mujer en cuatro mil du...

MARG. ¡Primo mio!...

ROSA. ¿Qué importa la cantidad?

FED. Perdona, querida Rosa, perdona: importa mucho. Don José Ibarra no hace nada sin motivo: su genio es original, pero es un hombre de órden, un matemático: y en esta ocasion, como en todas las demas, sus cuentas estan perfectamente en regla. Cuarenta años... cuarenta mil reales de renta... el pasivo y el activo, todo está compensado. ¡Ah! mi futuro primo entiende admirablemente los negocios. (Margarita hace un movimiento de disgusto y Rosa otro de mal humor que no vé Federico.) En cuanto á nuestro mútuo abuelo don Venancio, el mas desocupado y el mas activo de todos los hombres, que encuentra siempre el medio de estar rendido de fatiga sin hacer absolutamente nada...

VEN. (Dentro.) ¡Federico! ¡Federico! ¿Dónde está ese muchacho?...

FED. ¡Digo! ¿Le ois? Preparaos á verle muerto de cansancio.

ESCENA III.

DICHOS, D. VENANCIO.

VEN. (Con un papel en la mano.) Pero ese desgraciado deja que lo haga yo todo.

FED. Aqui me tiene usted á sus órdenes.

MARG. ROSA. } ¡Papá!

VEN. ¡Ay, hijas mias! tenia necesidad de veros y admiraros

para descansar de todas mis fatigas.

ROSA. Vamos, siéntese usted, abuelito.

VEN. ¿Acaso tengo tiempo de sentarme?

MARG. Yo se lo ruego á usted.

VEN. (Sentándose.) ¡En un dia como este! Dia de felicidad sin duda, hijos mios; pero lleno de fatíga para un padre de familia, y sobre todo cuando nadie le ayuda.

FED. Permita usted...

VEN. No, señor: nadie. Hay mil pequeñeces, mil detalles imprevistos que vienen á reunirse, á empujarse, á confundirse en mi cabeza. La mia es sólida... pero no soy mas que un hombre y no puedo estar en todas partes. Primero, dar parte á los amigos...

FED. Ya lo he hecho yo.

VEN. Avisar á los parientes cercanos y lejanos.

FED. Tambien lo he hecho.

ROSA. Yo he escrito á mis amigas de colegio.

VEN. Está bien; pero todo eso me ha entretenido mucho tiempo. Ir á la parroquia, arreglar los asuntos en la vicaria, dar parte al comisario del distrito...

FED. Yo os he sabido ahorrar todo ese trabajo.

VEN. Si, pero yo he pensado en todo eso. Y despues, la redaccion del contrato...

FED. Eso lo ha hecho don José.

VEN. Naturalmente: él entiende mejor los negocios que yo; pero la precision de pensar en ello...

FED. Piensa usted añadir al contrato algun nuevo artículo, alguna nueva cláusula...

VEN. No tal: yo tengo confianza en él y firmaré con los ojos cerrados: pero todo eso es muy incómodo y me hace perder un tiempo precioso. Anoche, despues de un dia lleno de ocupaciones sin número del género de las que acabo de nombrar, entro en mi cuarto esperando disfrutar por fin un instante de reposo, y encuentro sobre mi bufete un legajo de papelotes que queria desde hace mucho tiempo poner en órden...

FED. Y ha tenido usted valor...

VEN. No es valor lo que me ha faltado sino las fuerzas: asi es, Margarita, que se los he enviado á tu futuro para que me ayude en alguna cosa. Despues de cuyo trabajo concluí por ceder al sueño; sin duda por haberle ganado tan bien, ha sido profundo y saludable, pensando en

vosotras, en mi amigo Ibarra, mi tutor, que hoy vá á ser mi nieto, y en tí tambien, mala cabeza, que no quieres nunca ayudarme en el trabajo.

FED. ¡Ah! ¿tambien ha pensado usted en mí?

VEN. Ya te lo diré despues. Pues bien, me acosté á las nueve de la noche, y apenas empezaba á descansar, á reponerme de los trabajos de la víspera, he saltado hoy de mi lecho á las once de la mañana, acordándome que habia prometido...

FED. ¿El qué?

VEN. (Enseñando los papeles que tiene en la mano.) Corregir para la imprenta las pruebas de las esquelas para dar parte de la boda.

FED. ¡Oh! eso no es nada, y en un instante lo habrá usted hecho.

VEN. ¿Acaso he podido? ¿tengo yo un minuto mio? En mí e pensamiento absorbe la ejecucion: pienso en todo, y por consiguiente no puedo hacer nada.

ROSA. Déme usted, papá; yo me encargo... (Leyendo.) «El baron del Álamo tiene el honor...»

VEN. Bien, bien, Rosa; vé á corregir eso minuciosamente con tu hermana. Nosotros... (Señalando á Federico.) vamos á quedarnos solos para tratar de un negocio de la mayor importancia, ¡de la mas alta importancia! No te digo mas que eso, hija mia.

ROSA. (Sorprendida.) ¿De qué irá á hablarle? (Vánse Rosa por la derecha y Margarita por la izquierda. D. Venancio vá á cerrar misteriosamente la puerta de la derecha, haciendo señas á Federico para que cierre la otra.)

ESCENA IV.

FEDERICO, D. VENANCIO.

FED. (Mi abuelo tiene un aire tan grave, que me haria temblar si no me hiciera reir.)

VEN. Te decia, hace poco, que esta noche pensaba en tí: si, hijo mio, te he visto...

FED. Durante ese sueño profundo y saludable...

VEN. Precisamente. En mis sueños todos estabamos reunidos en familia: aqui mi amigo José con Margarita su esposa, y aqui tú con la tuya.

FED. ¡Cómo! ¡yo casado!

VEN. Sin duda: ¿y no adivinas con quién?

FED. De ningun modo: yo no me caso, yo no quiero casarme: y juro...

VEN. ¡No jures, infeliz! mira antes á tu prima Rosa y dime...

FED. ¡Calla! ¡Rosa! Pues qué, ¿era ella?...

VEN. Si, era Rosa á quien yo veia contigo en este lado, á mi derecha. ¡Y qué feliz era! lo soy todavia solo de acordarme... Contemplaba al mismo tiempo la felicidad de mis dos nietas: cada una de ellas tenia un honrado, un excelente marido; y yo me veia animado, querido por mis cuatro hijos... sin dudas para lo presente... sin inquietudes para lo porvenir... podia ya descansar... no tenia ya nada que hacer... ¡Qué buen sueño! ¿no es verdad, Federico? ¡qué magnífico sueño!...

FED. ¡Soberbio! Ya lo vé usted; tambien yo me enternezco, pero...

VEN. (Frotándose las manos alegremente.) ¡Oh! ya estaba yo seguro... ¡Magnífico! ¡Dos bodas á un tiempo!

FED. ¿Dos bodas? ¡Demonio! ¡pues no tiene poca prisa!...

VEN. ¡Es sorprendente!

FED. ¡Divino! ¡piramidal! pero...

VEN. ¿Pero qué?

FED. Usted lo ha dicho: no era mas que un sueño...

VEN. Que puede realizarse.

FED. Usted cree...

VEN. No hace falta mas que querer y obtener las dispensas. Esto nos proporcionará nuevas ocupaciones, pero no hay trabajo que yo no soporte por tí y por ella. Ademas tú te encargarás de eso.

FED. (Se empeñó decididamente.) Pero, abuelito, si yo no tengo mas que veintisiete años...

VEN. Razon de mas: nadie ha dicho que para casarse se necesiten cuarenta.

FED. Yo tengo tantos defectos...

VEN. Mejor. Con eso pensarás en corregirte: un padre de familia...

FED. Nada: dejemos esa conversacion. Yo le amo á usted, y daria toda mi vida para probarle mi ternura; pero lo que usted me pide es demasiado. Yo no he tenido en mi vida mas que un solo pensamiento de matrimonio... (Mirando

á la puerta de la izquierda.)

VEN. ¡Ah! Margarita...

FED. Y será el último. Puesto que mi buena estrella y la prudencia de Margarita, mi prima, me han preservado de tal locura, estoy ya curado para siempre. Yo me conozco: puedo ser un buen hijo, un buen amigo, un cumplido caballero, y sobre todo un excelente primo; pero no seré nunca mas que un marido detestable. Mi palabra de honor. Asi pues, ruego á usted que no hablemos mas de eso.

VEN. Está bien, hijo, está bien: te doy gracias por tu franqueza... pero eso descompone mi negocio.

FED. (Compone el mio.)

ESCENA V.

DICHOS, un LACAYO.

LACAYO. Señor baron, el escribano espera á usia.

VEN. ¡El escribano! allá voy. (Á Federico.) Pero, hombre, hubiera sido tan fácil redactar al mismo tiempo los dos contratos...

FED. Padre mio...

VEN. No hablemos mas: aprecio tus escrúpulos; pero tengo que volver á empezar. No habiendo casado mas que á una de mis nietas, es como si no hubiera casado á ninguna. (Váse.)

ESCENA VI.

FEDERICO, solo.

¡Pobre abuelo! he hecho bien en resistirle. Regla general: todas las mujeres casadas son infelices; por consiguiente no hay un solo buen marido. Yo habia de ser peor todavia que los otros... con que prefiero permanecer libre para consolar á las que los demas hacen sufrir. Los primos tienen marcado su destino por la Providencia. Si cualquiera de mis primas tuviese algun dia disgustos en el hogar doméstico, allí estaria yo para hacérselos olvidar, y para dar, como buen pariente, la preferencia á mi familia. El papel del marido es lóbrego, absolutista, ti-

ránico. El de primo es consolador, transaccionista, constitucional... ¿Quién en un pais regido liberalmente no quiere ser primo?

ESCENA VII.

FEDERICO, JULIO, un CRIADO.

CRIADO. (Apareciendo en el foro con Julio.) El señor baron no está en casa.

JULIO. Yo estoy seguro de lo contrario: ademas puedo esperarle.

FED. Yo conozco esa voz.

CRIADO. Caballero, el señor baron está encerrado en su despacho con el escribano, y tengo órden...

JULIO. Su escribano... yo esperaré... yo esperaré, te digo: es preciso absolutamente que yo le hable.

FED. ¡Julio Salazar!

JULIO. ¡Federico!

FED. ¿Quién te habia de creer en Madrid?

JULIO. He llegado hace una hora... juzga cuál debia ser mi impaciencia...

FED. ¡Juzgaré cuando sepa el motivo que te hace dejar á Valencia tan repentinamente!

JULIO. ¿El motivo? ¡Ah! amigo... ya ves mi agitacion... mis... Si tú supieses!...

FED. ¡Está loco!

JULIO. Si, lo estoy cuando no pensaba en tí; cuando olvidaba que te encontraria en este sitio, que tendrias piedad de mí, y que me protegerias, en fin, como otras veces... cuando...

FED. ¿Cuando estabamos juntos en el colegio?... Sigue.

JULIO. Ya te he dicho que he llegado hace una hora... Pues bajo esta ventana he creido ver...

FED. ¿El qué?

JULIO. Yo venia para entregar á don Venancio una carta importante de mi madre; y al ir á entrar aqui, me he detenido... he temblado... hubiera querido, en fin, no haber emprendido este viaje.

FED. Pero ¿qué te sucedia?

JULIO. Triunfé al cabo de mi resolucion, porque acababa de escuchar una palabra que me habia destrozado el alma.

FED. Y esa palabra terrible...

JULIO. Responde: ¿es cierto que se casa hoy una de tus primas?

FED. Ciertamente. ¡Pero de qué modo me lo preguntas! ¡Ah! ya empiezo á comprender. Hace tres meses que toda la familia, excepto yo, ha estado en Valencia; la casa de mi abuelo está al lado de la de tu madre; y sin duda esas niñas... ¡Ya entiendo! ¡ya entiendo!... Pero veamos: ¿cuál de las dos?...

JULIO. Eso es precisamente lo que yo quiero preguntarte, Federico; cuál de las dos se casa hoy.

FED. ¡Caramba! ¿sabes que vacilo en nombrártela? si fuese á herirte de muerte con mi noticia... (Seria gracioso que estuviera enamorado como yo de...)

JULIO. ¡Respóndeme por Dios! ¿no ves mi impaciencia?

FED. Pues la que se casa es...

ESCENA VIII.

DICHOS, ROSA, el LACAYO.

ROSA. (Sin ver á Federico y Julio. El lacayo trae una bandeja cubierta, que figura contener regalos de boda.)
Por aqui, Julian, con cuidado.

JULIO. (Volviéndose vivamente. (¡Rosa!) (Los dos jóvenes se separan y se acercan á Rosa, el uno por la derecha y el otro por la izquierda, sin ser vistos de ella, que hace colocar la bandeja sobre una mesa, alza la cubierta y examina lo que contiene. Váse el lacayo.)

ROSA. ¡Qué magnífico es todo! Bien se conoce que él mismo lo ha elegido. ¡Oh! ¡cuánto le quiero, y cuán digno es de mi cariño!

JULIO. (¡Ah! ¡es ella la que se casa! ¡respiro!)

FED. (¡Cómo la mira! Vamos, era esta.)

ROSA. (Siempre sin verlos.) Se dirá tal vez que es un matrimonio desigual.

FED. (Yo lo creo.)

ROSA. Que la diferencia de edad es demasiado grande...

FED. (Un poco.)

ROSA. Yo no soy de esa opinion, y me importan muy poco las de los demas. Los demas no le conocen á él, y yo que le conozco, creo que su mujer será la mas dichosa del

mundo.

JULIO. Asi lo creo, señorita.

ROSA. (Viéndolos.) ¡Ah! ¡el señor de Salazar... y mi primo!

JULIO. Perdone usted, señorita; pero si usted supiese la alegria que me ha causado... Yo conozco como usted á José Ibarra, el bueno, el excelente amigo de nuestras dos familias! La eleccion es excelente y aplaudo con toda mi alma tan dichoso matrimonio.

ROSA. Perfectamente: gracias á Dios que hoy hay una persona razonable que le hace justicia.

FED. (¡Vaya! ¡decididamente es á ella á quien ama! esto viene de molde para él, y sobre todo para mi abuelo.)

ESCENA IX.

DICHOS, D. VENANCIO.

VEN. ¡Ea, ya se terminó el contrato! mi yerno ha arreglado todo eso con el escribano, y gracias á Dios, ya puedo descansar y ocuparme en otra cosa.

FED. Permita usted entonces, padre mio, que le presente...

JULIO. Caballero, tengo el honor...

VEN. (Saludando.) El hijo de la señora de Salazar, nuestra vecina de Valencia y respetable amiga... celebro mucho ver á usted, y creo que nos hará el honor de asistir á nuestra fiesta de familia.

JULIO. Si, señor; acepto con toda mi alma; pero primero tenga usted la bondad de enterarse de esa carta que le escribe mi madre.

VEN. ¿Su madre de usted? (Coge la carta.)

FED. (Ap. á D. Venancio.) Ó yo me equivoco mucho, ó ya ha encontrado usted el segundo marido que buscaba hace poco.

VEN. ¿Cómo?

FED. Veinticuatro años... mucha fortuna y mucho cariño.

VEN. ¿Pero de dónde sacas?...

FED. Lea usted. (D. Venancio rompe el sobre y mira alternativamente á Julio y á Rosa.)

ROSA. (¿De qué hablan, y por qué me miran de ese modo?)

JULIO. (Acercándose á D. Venancio en el momento en que vá á ponerse este á leer.) ¡Oh! no delante de mí, señor baron. Al ver á usted abrir esa carta, no tengo valor para esperar aqui

la respuesta.

FED. Ven á esperarla conmigo al salon, me ayudarás á recibir á los convidados, querido primo.

JULIO. ¡Calla, por Dios!

ROSA. (Sorprendida.) ¡Su primo!

JULIO. (Á D. Venancio) Tenga usted presente que de su respuesta á esa carta pende mi felicidad. Rosa, interceda used por mí. (Vánse Federico y Julio, mirando este á Rosa con ademan suplicante. D. Venancio empieza á leer sin hacer caso de lo que pasa á su alrededor.)

ESCENA X.

D. VENANCIO, ROSA, luego MARGARITA.

ROSA. (¿Qué quieren decir sus palabras?)

MARG. (En la puerta de la izquierda.) (¡Aqui está! ¿Por qué habrá venido?)

VEN. (Leyendo.) «Una madre sabe leer en el corazon de su hi»jo, y Julio no ha podido ocultarme la afeccion profunda »que le inspira su nieta de usted.»

ROSA. ¿Qué está usted leyendo?

MARG. ¡No acabe usted, por Dios!

VEN. (En medio de las dos.) ¿Por qué? Al contrario: puesto que estais aqui las dos, no puedo tener misterios para vosotras. Continuemos juntos la lectura: asi como asi, á tí es, querida Rosa, á quien le corresponde contestar. Á tí es á quien me piden en matrimonio.

ROSA. ¡Á mí!

MARG. ¿Á mi hermana?

VEN. (Á Rosa.) ¿Y de ese modo recibes la noticia?

ROSA. No, abuelito... sino... que yo... estaba tan lejos de esperar...

VEN. Eso es cuenta tuya. Si quieres rehusar, no seré yo quien te obligue á admitir... pero me parece que el partido es ventajoso.

ROSA. No digo que no... pero...

VEN. Pero acaba.

ROSA. Me parece que el señor de Salazar es demasiado jóven para mí.

VEN. ¿Demasiado jóven?

MARG. ¿Y Salazar pide la mano de mi hermana?

VEN. ¿Demasiado jóven? Pues si no tiene mas que ese defecto, descuida, que con el tiempo se le irá pasando. (Leyendo.) «En fin, señor baron, me veo reducida á ceder á »sus ruegos, y á pedir á usted para mi hijo Julio de Sa»lazar, la mano de su nieta...» ¡Ah! ¿qué he leido?

ROSA. ¿Qué es eso?

VEN. «De su nieta... Margarita...»

ROSA. ¡Mi hermana!

MARG. Si, Rosa; me ama, y yo...

ROSA. ¡Pobre Margarita!

VEN. ¿Pero qué es lo que acabo de saber y en qué momento? ¡Todos nuestros amigos convocados para la boda!... E escribano... el contrato... los regalos...

MARG. ¡Oh! no tema usted nada. Yo no faltaré á mi palabra. Yo pagaré la deuda de gratitud que han contraido sus dos nietas con don José Ibarra: yo cumpliré con mi deber. Solo usted y mi hermana habrán visto lo que me cuesta; y... en cuanto á él... yo le olvidaré.

VEN. (Conmovido.) Está bien, hija mia; tú le olvidarás, es preciso. No te queda otro partido que tomar.

ROSA. No, papá, no: ese matrimonio no puede verificarse.

VEN. ¡Cómo!

MARG. ¿Qué dices?

ROSA. ¡Es imposible! Ya lo vé usted: mi hermana seria desgraciada; y él, Margarita, él, á quien debemos tanto y que vá á darte toda su alma, todos sus pensamientos, ¿qué obtendria en cambio? ¿Un corazon que pertenece á otro? ¿Es eso portarse con lealtad, con buena fé, con agradecimiento? No, no: os digo que ese matrimonio es imposible.

VEN. y MARG. ¡Imposible!

JOSE. (Dentro.) Vamos... puesto que no vienen, voy á buscarlos yo mismo.

MARG. ¡Cielos! ¡es él!

ROSA. ¡Es él!

VEN. ¡Es él!

MARG. ¡Yo desfallezco!

VEN. ¡Adios mi valor!

ROSA. ¡Perdí mi resolucion!

ESCENA XI.

DICHOS, D. JOSÉ.

JOSE. (Alegremente.) ¡Hola! ¿Qué hacen ustedes aqui? ¿Se está celebrando algun consejo de familia? Vaya, para que tenga mas valor, le continuaremos, si quereis, ante el escribano.

MARG. (Tendiéndole la mano.) Caballero, esté usted seguro que el sacrificio de toda mi vida... pero... en este momento... no debo... ni puedo... ¡Ah! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡soy muy desgraciada! (Váse llorando por la derecha.)

JOSE. ¡Desgraciada! Y para decírmelo ha esperado hasta este mismo momento. (Á D. Venancio.) Amigo mio, usted me explicará...

VEN. Es muy fácil. Ya sabes que... las mujeres... y nosotros mismos... como padres de familia... debemos siempre... esperarnos... pero no tenemos la suficiente energia... para... En fin...

JOSE. En fin...

VEN. ¡Ay, amigo mio, mi querido amigo, soy muy desgraciado!... (Váse por la izquierda.)

ESCENA XII.

D. JOSÉ, ROSA.

JOSE. ¿Y tú tambien, Rosa, vas á marcharte y á ser muy desgraciada?

ROSA. No, yo me quedo.

JOSE. Asi tendré alguien que me explique...

ROSA. Me quedo, porque yo creo que la mayor falta que pudieramos cometer con usted seria la de no decirle toda la verdad.

JOSE. ¿La verdad? ¿Segun eso es algo fastidiosa?

ROSA. Un poco.

JOSE. Vamos, habla, hija mia: tal vez se dulcifique un poco pasando por tu boca.

ROSA. Lo dudo.

JOSE. Inténtalo sin embargo.

ROSA. ¿No acaba usted de ver en el salon, del brazo de mi

primo?...

JOSE. Uno de sus camaradas, que no me es desconocido... Julio...

ROSA. Salazar.

JOSE. Justo; y cuando Federico me ha presentado á él, anunciándole que iba á ser el marido de Margarita, el tal jóven ha hecho un gesto bastante raro, y se han retirado de allí precipitadamente, hablándose los dos en voz baja y mirándome. Parece que les soy antipático, y yo, francamente, les pago en la misma moneda.

ROSA. ¿Por qué?

JOSE. Por nada. Hay fisonomias que nos disgustan sin razon ninguna... presentimientos que nos anuncian que tal ó cual individuo, excelente tal vez para los demas, debe ser execrable para nosotros. Yo hace tiempo que tengo esta idea respecto de tu primo, y su amigo me ha hecho absolutamente el mismo efecto. Pero continúa: ¿qué me ibas á decir de ese Salazar?

ROSA. Iba á deciros que le hemos visto en Valencia hace tres meses.

JOSE. ¡Ah! ¡tres meses!

ROSA. Y que mi hermana...

JOSE. Comprendo. Le ama, ¿no es cierto?

ROSA. Si.

JOSE. ¿Y es correspondida?

ROSA. Si.

JOSE. ¿Y es este el motivo de estas vacilaciones, de estas lágrimas?

ROSA. Si.

JOSE. ¿Y siendo mi esposa seria desgraciada?

ROSA. Si.

JOSE. No lo será. Te agradezco tu franqueza, querida Rosa; y si algo me sorprende es que hasta hoy no hayas puesto en mi noticia...

ROSA. No he sabido nada hasta ahora.

JOSE. Perfectamente. Estaba seguro de conocerte bien: eres la mejor de la familia.

ROSA. No tal.

JOSE. Si.

ROSA. Crea usted...

JOSE. Yo lo sé mejor que tú tal vez: tu abuelo es un poco ciego, tu hermana un poco romántica, tu primo un poco

fátuo: solo tú no tienes ningun defecto. Pero ya olvidaba... (Toca la campanilla y se sienta delante de una mesa, escribiendo.)

ROSA. ¿Qué vá usted á hacer? (Entra el Criado.)

ESCENA XIII.

DICHOS, el CRIADO.

JOSE. Toma, Julian; entrega esta carta á un jóven que pasea del brazo de don Federico.

CRIADO. ¿Al señor de Salazar? Yo no sé lo que acaba de decirle el señor baron, pero estaba decidido á marcharse en el acto y habia pedido su carruaje.

JOSE. Razon de mas: corre, y que no parta; díle que le necesito. (Váse el Criado.)

ESCENA XIV.

D. JOSÉ, ROSA.

ROSA. ¿Qué intenta usted? ¿cuál es su objeto?

JOSE. ¡Oh! no tengas miedo: mi carta no debe asustarte; veo que tu abuelo ha creido deber sacrificarme la dicha de Margarita, despidiendo á Julio, y yo no puedo aceptar semejante sacrificio: mi falta, grave é imperdonable, ha sido creer que un hombre como yo, ni jóven, ni amable; un hombre que no se ocupa mas que en negocios y cosas positivas, que no sabe ni quiere saber eso que se llama finas maneras, sentimientos elevados y amable galanteria, pueda agradar á una jóven bella y elegante como tu hermana: era una locura, y ya estoy curado. Á mi edad ¿no debia yo conocerme mejor? Á ver: mírame un poco, y dime si soy acaso un marido seductor para una jóven. ¿Quién diablos me ha de amar á mí?

ROSA. ¿Quién? Todo el mundo.

JOSE. ¡Todo el mundo! ¡pobre niña! tú hablas de cosas que no entiendes todavia... y cuando piensen en casarte, ya verás...

ROSA. ¡Oh! es que ya piensan...

JOSE. ¿Tan pronto? ¡qué locura!

ROSA. Mi abuelo habia creido hace poco que Julio Salazar se

dirigia á mí.

JOSE. ¿Á tí? ¿y qué pensaste entonces?

ROSA. Me dió miedo.

JOSE. ¿Miedo? ¿de qué?

ROSA. Yo no sé!.. pero me dió miedo: y si no me hubiera convencido al instante de que Julio no pensaba en mí, estaba decidida á rehusar su mano.

JOSE. ¿Tú... hubieras rehusado?...

ROSA. Sin vacilar. Usted cree que yo no entiendo nada de las cosas del mundo; pero yo tengo reflexion y no quiero que se disponga de mi porvenir imprudentemente. Esta niña, á quien usted cree frívola y ligera, no daria jamás una palabra sin estar segura de que su corazon podria cumplirla.

JOSE. Y harás muy bien; pero todavia no estás en ese caso.

ROSA. ¡Oh! no.

JOSE. Tienes tiempo para escoger un marido.

ROSA. Ciertamente, tengo tiempo.

JOSE. Y le escogerás con prudencia, con calma, para no tener que arrepentirte, para no causar á un hombre honrado la pena que hoy experimento.

ROSA. ¡Pobre amigo mio! ¡Tanto amaba usted á mi hermana!

JOSE. Si; yo la amaba... no con un amor desenfrenado, delirante... como será tal vez el de Salazar; pero, tú lo has dicho, la queria mucho; la queria... como te quiero á tí.

ROSA. ¿Á mí?

JOSE. Como quiero esta casa, esta familia, que es, por decirlo asi, la mia desde hace diez años: como quiero á ese anciano tan bueno y tan débil, que se goza en llamarme su tutor, y á quien yo miro como á un hijo, á pesar de llevarme treinta años... como te quiero á tí sobre todo y á nuestras conversaciones diarias, y hasta las disputas que tienes conmigo sin cesar cuando no soy de tu opinion. Yo amaba todo eso, yo lo miraba como la mayor necesidad de mi vida.—Una sola palabra ha bastado para que tenga que renunciar á ello, para que olvide todas mis costumbres, para que abandone esta casa, para que cese de veros á todos... y para que me fabrique una nueva existencia.

ROSA. ¡Oh! eso no.

JOSE. Si.

ROSA. Usted se quedará.

JOSE. No tal.

ROSA. Usted continuará velando por nuestra felicidad.

JOSE. No, esos cuidados pertenecen ya á otros.

ROSA. Continuaremos nuestras conversaciones diarias...

JOSE. Nada de eso.

ROSA. Seguiremos los dos disputando como antes.

JOSE. ¡Nunca!

ROSA. Siempre.

JOSE. Nunca, te digo: yo no tengo disputas mas que con mis amigos.

ROSA. Pues por eso mismo...

JOSE. Yo no soy ya aqui lo que era hace una hora. Acabo de volver diez años atrás. Esta mañana era aun el jefe de la familia, y ahora no soy mas que un extraño.

ROSA. ¿Pero y yo? vamos á ver: ¿yo no soy nada para usted? ¿no le importa á usted nada mi amistad?

JOSE. ¿Tu amistad? No quiero tener que sufrir nuevos disgustos, nuevos desengaños para lo porvenir. Mas tarde ó mas temprano te llegará tu vez... alguno vendrá á pedirte tu mano...

ROSA. Y yo no le querré.

JOSE. Será jóven...

ROSA. No le querré.

JOSE. Será buen mozo...

ROSA. No le querré.

JOSE. Te adorará... como hoy adoran á tu hermana.

ROSA. ¡Y no le querré, no le querré, no le querré!

JOSE. Entonces esa misma amistad de que me hablas llegará á serte importuna y querrás romperla. Prefiero renunciar á ella desde ahora, y voy á marcharme..

ROSA. ¿Hoy?

JOSE. En este instante. (Se dirige al foro.)

ROSA. Eso lo veremos.

JOSE. ¿Y quién podrá impedírmelo?

ROSA. (Colocándose delante de la puerta del foro.) Yo.

JOSE. ¿Tú?

ROSA. Yo sabré encontrar un medio para detenerle, y se lo juro, usted no se marchará.

JOSE. ¡Oh! esta muchacha tiene un espíritu de contradiccion insoportable. (Federico y Julio entran y se acercan misteriosamente á D. José.)

ESCENA XV.

DICHOS, FEDERICO y JULIO.

JULIO. (Aparte á D. José.) Caballero, estoy á sus órdenes.
JOSE. ¿Eh? ¿qué quiere usted decir?
FED. (Á D. José con el mismo misterio.) Que estamos á sus órdenes.
JOSE. ¡Él tambien!
ROSA. ¿Qué hablarán en voz baja?
JULIO. (Aparte á D. José.) (He recibido su carta de usted: al pedir la mano de Margarita le juro que ignoraba que debiera pertenecerle. Pero no importa: usted se cree ofendido, y aqui me tiene.)
FED. (Y yo soy su testigo.)
JOSE. ¿Su testigo?
FED. (¡Era natural! Los dos queremos á la misma mujer... con que ambos debemos ser enemigos del marido.)
JULIO. (Aparte á D. José.) (¿Sus armas de usted, caballero?)
JOSE. ¿Mis armas? Vaya usted á paseo. ¿Cree usted que soy yo tan necio que vaya á batirme porque le quieran á usted mas que á mí?
JULIO. Entonces, ¿qué me queria usted? sepamos.
FED. Si: ¿qué le queria usted?
ROSA. (Respiro.)

ESCENA XVI.

DICHOS, D. VENANCIO, entrando con MARGARITA.

VEN. (Afectando firmeza y conteniendo su emocion.) ¡Ven, ven, hija mia: tú cumples con tu deber y serás dichosa.
MARG. (¡Dichosa!)
VEN. Querido Pepe, todos nuestros amigos estan reunidos en el salon, y no se espera mas que á tí para la firma del contrato.
JOSE. ¡El contrato!
VEN. (Á Julio.) ¿Todavia está usted aqui, caballero?
JULIO. El señor me ha detenido.
VEN. ¿Tú? ¿y con qué objeto?

ESCENA XVII.

DICHOS, el CRIADO.

CRIADO. (Á D. Venancio.) Señor, un dependiente de la imprenta que viene por...

VEN. ¡Ah! si: por las pruebas de las esquelas en que damos parte del casamiento. Rosa, tú te habias encargado...

ROSA. (Sacando unos papeles del bolsillo.) Si: pero lo he olvidado completamente.

VEN. Cuando digo que nadie me ayuda...

ROSA. ¡Oh! no hay que incomodarse... Está hecho en seguida... con cambiar dos nombres...

TODOS. ¿Dos nombres?

ROSA. (Escribiendo algunas palabras sobre uno de los papeles que tiene en la mano.) «El señor Baron del Alamo tiene el honor de »anunciar á usted el matrimonio de su hija Margarita con »don Julio Salazar.»

VEN. ¡Cómo!

JULIO. ¡Yo!

MARG. ¡Hermana mia!

JOSE. ¡Si, eso es: justo! para eso le he llamado á usted, caballero: y ahora que yo no tengo nada que hacer aqui... Adios, señores. (Coge su sombrero y se dirige al foro.)

VEN. ¡Cómo! ¡amigo mio!

TODOS. ¡Caballero! (Deteniéndole.)

ROSA. (Levantándose vivamente.) Un momento. ¿Y esta otra prueba?

JOSE. ¿Otra? ¿Cuál?

ROSA. La de la esquela redactada por el marido... por usted.

JOSE. ¿Por mí?

ROSA. (Leyendo.) «Don José Ibarra tiene el honor...»

JOSE. ¡Oh! rompe ese papel.

ROSA. (Que acaba de escribir una palabra en el segundo papel.) Rómpale usted mismo... pero despues de haberle leido.

JOSE. ¿Cómo?

ROSA. Antes no, yo se lo suplico.

JOSE. (Leyendo.) «Don José de Ibarra tiene el honor de anun»ciaros su efectuado enlace con la señorita doña Rosa »del Álamo.»

TODOS. ¡Rosa!

FED. ¿Qué quieres decir?...

VEN. ¿Qué significa?...

ROSA. ¿Quiere usted marcharse ahora?

JOSE. ¡Marcharme!...

ROSA. Responda usted.

JOSE. No: quiero esperar. Pero tu amistad puede engañarte, y mi honor no me permite admitir un sacrificio...

ROSA. No hay tal sacrificio. He dicho á usted que mi corazon no daria nunca una palabra que no estuviese seguro de poder cumplir, y mi corazon está seguro de cumplirla.

JOSE. (Con alegria.) ¡Ah! (Entregando los papeles al Criado.) ¡Toma!

FED. (¿Quién puede comprender lo que pasa en el corazon de las muchachas?)

VEN. ¡Gracias á Dios! Mucho trabájo me ha costado, pero ya está todo hecho; y puesto que he casado á mis dos hijas, puedo descansar. (Ap. mirando á Rosa y D. José.) (Solo que me parece muy jóven para él.)

MARG. ¡Qué felices vamos á ser!

FED. (Dando la mano á Julio y á D. José.) Mi mas cordial enhorabuena. (Dos matrimonios y dos casas en las cuales seré bien recibido: ¿qué mas puede desear un primo?)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon amueblado con lujo en casa de D. José.

ESCENA PRIMERA.

ROSA, D. JOSÉ.

Al levantarse el telon D. José está á la derecha sentado á su bufete, recorriendo con la vista papeles de negocios: Rosa borda á la izquierda.

JOSE. Cero, cero, cero, cuatro, siete, quince, diez y ocho, veintidos...

ROSA. ¿Amigo mio?...

JOSE. Vamos, ahora me llama cuando estoy en medio de la columna.

ROSA. ¿Se van á acabar pronto esas cuentas?

JOSE. ¡En seguida, si tú no me interrumpes á cada momento!

ROSA. ¡Es que los números son tan fastidiosos!

JOSE. ¡Doble razon para desear que se acaben pronto!

ROSA. ¡Entonces ya me callo!

JOSE. Perfectamente.—Volvamos á empezar la suma... Cero, cero, cero...

ROSA. ¡Amigo mio!

JOSE. ¡Otra vez!

ROSA. ¡No; si no voy á decirte mas que una palabra!

JOSE. Venga.

ROSA. ¿Me encuentras hoy bien peinada?

JOSE. Ya te lo diré mas tarde.

ROSA. ¡Qué poco galante! vaya, caballero, sume usted á su gusto: tendré paciencia; voy á bordar.

JOSE. ¡Me alegro mucho!

ROSA. Cuando una está ocupada no piensa en hablar.

JOSE. Sin duda. Cero, cero, cero, cuatro...

ROSA. Este es un sillon que queria regalarte hoy por ser el primer aniversario de nuestro casamiento...

JOSE. (Impaciente.) Cero, cero...

ROSA. Por desgracia no he concluido mas que un brazo...

JOSE. Cuatro... siete... quince...

ROSA. Pero espero que para tus dias ..

JOSE. Diez y ocho, veintidos... veintisiete... treinta y uno... y llevo uno... no... y llevo treinta... tampoco... Vamos, imposible hacer nada...

ROSA. Pero no sabes sumar...

JOSE. ¿Y cómo quieres que se hagan cuentas oyendo ese murmullo constante?

ROSA. No te incomodes. Ahora ya me callo. Vamos, despáchate, porque necesito que estés desocupado temprano para nuestra reunion. Supongo no habrás olvidado que mi padre, mi hermana y su marido vienen á pasar el dia con nosotros, en compañia de mi primo Federico.

JOSE. ¿Tambien le has invitado?

ROSA. ¿No es de la familia?

JOSE. ¡Sin duda!

ROSA. Es tan amable, tan inteligente en música, tan ignorante en números...

JOSE. Tan ignorante en todo...

ROSA. Yo no sé por qué quieres tan mal al primo.

JOSE. Yo no le quiero ni bien ni mal; es un elegante vago, que cumple perfectamente su mision de hombre á la moda, ó mejor dicho, de hombre inútil... Ese es su solo empleo.

ROSA. Pero...

JOSE. Á su edad, es tiempo de que tome ya otro. Yo se lo digo todos los dias; no por él, que maldito lo que me importa, sino por su familia, á la que quiero que haga honor. Deseo que sea hombre, que se lance en fin en una carrera honrosa. Y cuando se encuentre completamente arruinado, que no tardará en suceder, procuraré

con la proteccion del ministro enviarle de cónsul á China... ó mas lejos aun, para que acabe su educacion diplomática. Eso es lo que quiero, y soy demasiado terco para no conseguirlo.

ROSA. Tú no haces mas que hablar... y la suma...

JOSE. Tienes razon... el mal ejemplo... continúo...

ESCENA II.

DICHOS, D. VENANCIO.

VEN. (Entrando por el foro.) ¡Yo soy, hijos mios!

ROSA. (Corriendo á su encuentro.) Buenos dias, papá...

JOSE. Soy con usted al instante.

VEN. No te incomodes por mí... sigue... sigue.

JOSE. ¿Me permite usted que acabe...

VEN. Y hasta te lo ruego. Á mí me gusta ver trabajar á todo el mundo... eso me hace gozar de la satisfaccion que se tiene cuando se descansa. Yo no sé cómo se arregla ese bribon; pero en el año que hace que estais casados yo no hago nada, absolutamente nada, desde la mañana á la noche; y el caso es que me falta tiempo para hacer otra cosa.

ROSA. (Con pena.) ¡Pues los dias son bastante largos!

VEN. No mucho: ¡para mí se pasan tan aprisa! Juzga tú misma. (Conduce á Rosa á la izquierda del teatro para no interrumpir en su trabajo á D. José, que mueve el pié con impaciencia.) Ven aqui... que no se incomode... De ocho á nueve me levanto; consulto el termómetro, á fin de saber cómo debo vestirme, segun el estado de la temperatura; almuerzo, almuerzo bien, y me dirijo á la Puerta del Sol á poner mi reloj en hora á las doce y poder comunicar la hora oficial á todas las personas que me encuentro. Rocorro sucesivamente, sin olvidar las dos casas de mis hijas, la calle del Príncipe, la Carrera de San Gerónimo y la calle de Alcalá, donde me paro delante de los carteles de teatro, que examino con la mas escrupulosa atencion: asi me pongo al corriente de la literatura y juzgo del talento de los artistas por el carácter de letra en que estan anunciados sus nombres, y del mérito de las obras por el tamaño de los carteles: dan las cinco, y como no puede uno ocuparse constantemente de cosas

intelectuales, y como la naturaleza impone deberes, es preciso comer; cómo bien y me voy despues al café de Levante, donde echo mi juego de dominó, hablo de los negocios del pais y cómento los discursos de las cámaras. Llega la hora de descansar sin que uno lo note, y entro en casa, donde ceno... ceno bien, doy cuerda á mi reloj y me acuesto pensando en los acontecimientos mas culminantes del dia.

ROSA. Y á la mañana siguiente...

VEN. Vuelvo á empezar.

ROSA. ¡Cómo! ¿y siempre lo mismo?

VEN. Siempre.

ROSA. Espero que hoy variará usted un poco sus costumbres, en gracia de nuestra reunion de familia.

JOSE. (Levantándose.) Uno mis votos á los de mi esposa para rogárselo.

ROSA. ¿Al cabo ha recobrado usted la palabra?

JOSE. Si, hija mia; aqui estan ya mi cuentas terminadas.

ESCENA III.

DICHOS, JULIO.

JULIO. (Entrando vivamente.) ¡Mi mujer! ¿Dónde está mi mujer? ¿No la habeis visto? ¿Qué habrá sido de ella?

VEN. ¡Dios mio! ¡Tú me espantas! ¿Qué ha sucedido?

JULIO. ¿Yo qué sé?

ROSA. ¿Pero qué puedes temer?

JULIO. ¡Todo!

JOSE. ¿Qué motivos tienes para?...

JULIO. Ninguno; pero yo no estoy tranquilo cuando Margarita no está á mi lado, asi como ella no tiene sosiego cuando me aparto un solo momento de su lado.

ROSA. ¡Ah! ¡qué magnífico es eso! ¡y qué bien lo comprendo!

JULIO. Ya debia estar aqui. La hora de nuestra cita ha pasado.

VEN. (Sacando vivamente el reloj.) ¿La hora? Espera, hijo mio; eso es cosa mia: voy á decirla.

JULIO. ¡Pobre Margarita!

VEN. Las dos y treinta y siete en la Puerta del Sol.

JULIO. ¡Es posible! Pero entonces hace mas de tres cuartos de hora que nos hemos separado.

TODOS. ¡Tres cuartos de hora!

VEN. Vosotros, que no os separais nunca.

JOSE. ¿Y en qué ha consistido esa horrible ausencia?

JULIO. ¿Qué sé yo? Nada: yo tenia que hacer una visita importante... de ceremonia... á una tia lejana, á quien mi mujer no puede sufrir, y me decidí á separarme de ella un momento, conviniendo antes ambos en que despues de haber hecho ella varias compras vendria á esperarme aqui á las dos en punto. Son las dos y media y siete, y aun no la veo. Juzguen ustedes de mi impaciencia. Yo no puedo permanecer en esta incertidumbre... y voy...

ESCENA IV.

DICHOS, MARGARITA, entrando vivamente por el foro.

MARG. Mi marido... ¿Dónde está mi marido? ¿Han visto ustedes á mi marido?

JULIO. ¡Ah! ¡es ella! ¡Margarita mia!

MARG. ¡Julio! ¡Al fin te veo! (Se abrazan.)

VEN. ¡Cómo se quieren estos chicos!

JOSE. (Se quieren demasiado, y eso no me inspira confianza.)

JULIO. Pero debes estar rendida de un paseo tan largo... vienes sudando... Quítate el sombrero, la manteleta; descansa.

MARG. Gracias, amigo mio. (Se sienta.)

ROSA. (¡Cuántas atenciones tiene para ella!)

MARG. Hermana mia, mi buen hermano, como hemos estado separados...

JOSE. Tres cuartos de hora... si, ya lo sabemos.

JULIO. ¡Oh! tres cuartos de hora es un siglo cuando se ama.

MARG. Ya he vuelto á verte, y han cesado nuestros tormentos.

ROSA. (Ap. á D. José y D. Venancio.) ¡Cómo la adora!

VEN. ¡Qué grupo!

JOSE. (Yo te amo mas sencillamente... pero tal vez de mejor manera.)

(Julio, durante estos apartes, ha preparado un vaso de agua con azúcar de un copero que hay encima de la chimenea y se lo ha servido á Margarita: esta le bebe, levantándose despues.)

MARG. Al fin estamos todos reunidos y pasaremos el dia juntos.

ROSA. Nos sucede esto tan pocas veces...

JOSE. Yo os sacrifico por hoy todas mis ocupaciones.

MARG. Y para terminar alegremente esta fiesta de familia, iremos esta noche al teatro.

JOSE. Aprobado.

ROSA. ¿Á cuál?

JOSE. Al Teatro Real.

MARG. Tú te encargarás de enviar al criado para que tome un palco.

JULIO. ¿Y piensas tú confiar una mision tan difícil á la limitada comprension de un criado? No hay nada mas espinoso que la eleccion de un palco: no basta solo ver, es preciso ser vista cuando se es tan bonita como tú.

MARG. ¿Bonita? para tí solo quiero serlo.

JULIO. Luego es preciso buscar la luz de la araña.

MARG. No, eso no. Se debe evitar, por el contrario, el reflejo del gas.

JULIO. El piso, el número, nada es indiferente; asi, en esos casos, no me fio mas que de mí mismo.

JOSE. ¡Diablo! No hubiera yo creido que esa mision era tan delicada... y tiemblo al pensar con cuánta impremeditacion acostumbro á tomar siempre los billetes.

MARG. ¿Vas á dejarme otra vez, Julio?

JULIO. Es preciso. Por fortuna el teatro está muy cerca, y me voy por tí; ademas, te traeré el billete en la cartera tan mona que me has regalado esta mañana. (Enseñándola.)

VEN. Te acompaño: y en el camino te daré detalles oficiales acerca de la funcion de esta noche. Sé de memoria todos los carteles.

JOSE. Yo voy á la Bolsa.

ROSA. ¿Á la Bolsa?

MARG. (Ap. á Rosa.) ¡Á la Bolsa! El primer aniversario de vuestro casamiento.

JULIO. Adios, hasta la vista, Margarita.
(La besa con efusion muchas veces la mano.)

JOSE. (Dando una palmada en la cabeza á Rosa.) Adios, Rosa.

JULIO. ¡Otra vez! ¡otra vez! Hasta ahora mismo.

JOSE. Vamos, que espero, señor enamorado.

ROSA. (Mirando á Julio, que besa todavia la mano de Margarita.) (¡Qué diferencia!) (Julio se vuelve en la puerta y echa un beso á su mujer. D. José sale poniendo en órden sus papeles. D. Venancio los sigue.)

ESCENA V.

ROSA, MARGARITA.

MARG. Hermana mia, ¿qué tiene tu marido? ¿Estais reñidos acaso?

ROSA. No tal.

MARG. ¡Tanto mejor! yo habia creido... como se ha separado de tí con esa frialdad... ¿Hace siempre lo mismo?

ROSA. Poco mas ó menos.

MARG. Y cuando se separa de tí, ¿lo hace como ahora?

ROSA. Como ahora.

MARG. ¿Y sale á menudo?

ROSA. Todos los días. ¿No ves que tiene que ir á la Bolsa?

MARG. Y está en ella...

ROSA. Hasta las cinco.

MARG. ¿Y qué hace cuando vuelve?

ROSA. Entra en su despacho.

MARG. ¿Y tú?

ROSA. Trabajo hasta que llega la hora de comer.

MARG. ¿Y luego?

ROSA. Luego paseamos cuando hace buen tiempo, algunos dias vamos al teatro, otros visitamos algunos amigos íntimos; pero generalmente nos quedamos en casa: mi marido me lee ó yo me pongo al piano.

MARG. ¿Y es esa toda tu vida, pobre Rosa?

ROSA. Pero tú tienes hoy un aire extraño conmigo, y acabarás por infundirme miedo.

MARG. Pero tú no vas nunca á bailes ni á reuniones... ni á conciertos...

ROSA. Nunca. Mi marido dice que á esos sitios se vá mucho menos á divertirse que á brillar y á llamar la atencion: que un baile de gran tono es un teatro donde todas las mujeres desempeñan el papel de coquetas... y que al volver á sus hogares, llevan en su corazon la embriaguez del triunfo ó la desesperacion de la derrota; sentimientos igualmente funestos para el reposo y la felicidad de sus maridos.

MARG. ¡Pero esas ideas son horribles!

ROSA. ¿Segun eso, Julio no piensa lo mismo?

MARG. Mi marido goza con mis triunfos... y cuando me vé bus-

cada, divertida, obsequiada, crece su amor con la admiracion que los demas me tributan.

ROSA. Vamos, te felicito entonces.

MARG. Yo soy la que me veo obligada á pedirle algunas veces, como un favor, una noche de reposo lejos del ruido y el movimiento de todas esas fiestas: cosa que él me concede sin pena. ¡Goza tanto en obedecerme! El único objeto de su vida es agradarme; cada dia me obsequia con nuevos regalos, nuevos trajes, nuevas pruebas de ternura... y su ingeniosa bondad no me deja ni el tiempo de formular un deseo. ¡Oh! ¡si vieras qué dichosos somos! ¡qué felices!

ROSA. (Cogiéndola la mano.) ¡Margarita, tú no puedes comprender todo el placer que experimento!...

MARG. ¿El placer? ¡Con qué tono me lo dices! ¿Qué tienes, Rosa? ¡Oh, Dios mio! ¡ya adivino! Al trazarte el cuadro de mi felicidad te he afligido sin duda: tu existencia no se parece á la mia.

ROSA. (Con sonrisa forzada.) No mucho: es extraño... no sé qué siento en mí... yo no habia pensado nunca... pero ahora cuando comparo nuestras dos casas...

MARG. ¡Ah! tú me ocultas algo... ahora rehusas confiarte á tu hermana... (Cogiéndole la mano.)

ROSA. (Desasiéndose dulcemente de Margarita.) ¡Oh! soy injusta con mi marido... Margarita, no hablemos mas, yo te lo ruego. Tengo que dar algunas órdenes: te dejo.

MARG. Pero...

ROSA. Quédate aqui: ¿no estás en tu casa?

MARG. ¡Hermana mia!

ROSA. Y sobre todo olvida tus temores: el cariño que me tienes te habia engañado. Yo no sufro, no soy infeliz: no me atreveré á decirte que mi felicidad sea igual á la tuya, Margarita: pero ¿qué importa si con la mia tengo bastante? Al momento vuelvo. (Váse por la izquierda.)

ESCENA VI.

MARGARITA.

¿Qué importa si con la mia tengo bastante? ¡Oh! todo está claro. Hoy sufre ella la misma pesadumbre que yo hace un año. Pesadumbres que ella ha aceptado por li-

brarme á mí de ellas. No lo olvidaré: sin su generosa abnegacion, yo seria hoy esposa de Ibarra... y sufriria mil veces mas que ella sufre. ¡Qué desgraciada debe ser! (Estremeciéndose.) ¡Oh Dios mio! suponer por un instante, no á olvidarme, porque eso es imposible, sino á no tener para mí mas que la amistad fria y estéril, ¡siento en mi corazon una impresion de dolor y de cólera... ¡Oh! ¡yo estoy loca! ¿Puede acaso sucederme semejante desgracia? ¡No, jamás! no pensemos mas que en mi hermana... y velemos, sin decírselo á ella, por la dicha de su matrimonio.

ESCENA VII.

MARGARITA, JULIO, D. VENANCIO.

JULIO. (Con una carterita en la mano, que contiene papeles y billetes de teatro.) ¡Victoria! ¡Victoria! ¡Ya tengo uno!

VEN. ¡Un palco excelente! aunque un poco á la izquierda.

MARG. (Cogiendo las manos de su padre y su marido.) ¡Padre mio! ¡Julio!

LOS DOS. ¿Qué es eso?

MARG. Si supieseis...

JULIO. Pero habla...

VEN. Tú me espantas...

MARG. Mas bajo, mas bajo... No conviene que mi hermana os oiga, porque es de ella de quien se trata.

VEN. ¿De Rosa? ¿pues qué ocurre?

MARG. ¡Ay, Julio! Mucho me temo que su matrimonio sea bien diferente del nuestro.

JULIO. Yo lo creo. El secreto de nuestra dicha está en una sola palabra. Ambos somos de la misma edad.

VEN. Cierto, cierto. Yo lo he pensado siempre... al paso que José...

MARG. ¿No habeis sido testigos de su indiferencia, de su frialdad?... ademas, cuando me he quedado sola con Rosa he sorprendido su emocion, he creido sorprender una lágrima en sus ojos. ¡Oh! nada mas que de pensarlo estoy temblando todavia.

VEN. ¿Pues y yo? ¿Con que ella lloraba? ¿Con que sufre sin duda? ¿y yo no sospechaba lo mas mínimo? y yo no hago nada, ni pienso en nada? Me ocupo desde la mañana

á la noche en cosas que no me importan, mientras mi hija...

JULIO. Pero, vaya, calmémonos... Esas desgracias pueden no ser irreparables.

MARG. ¡Oh! no: asi lo espero. Es preciso hablar á mi cuñado... hacerle comprender...

VEN. Ciertamente: eso es indispensable; cuando se trata de la dicha de mi Rosa...

MARG. Muy bien: usted le hablará, ¿no es verdad, abuelito?

VEN. ¿Yo?... Hombre, eso pide calma... Un padre ser de la opinion de su hija contra su marido... eso es muy delicado... y despues... ese diablo de José yo no sé cómo se las compone, pero me sucede que cuando me dirijo á él para hacerle algunas observaciones sobre cualquier cosa, soy yo el que tengo que confesar que me he equivocado.

JULIO. Equivocarse cuando se trata de traer al buen camino á un esposo que olvida á su mujer? Es una infamia una conducta semejante. ¿Qué podrá decirle á usted para justificarse? una palabra, una palabra sola bastará para confundirle.

VEN. Es positivo: y esa palabra tú eres quien debe decírsela.

JULIO. ¿Yo?... Yo no soy para él mas que un extraño... y como, á Dios gracias, tengo otro modo de portarme con Margarita.

MARG. Ya lo creo... ¡Pobre Julio! nunca hay en nuestro matrimonio...

JULIO. Si yo le hablo, ¿no parecerá que quiero elogiar mi conducta, y presentarme como un modelo?

MARG. Cierto, padre mio.

JULIO. Hechas estas reflexiones, creo que es mi mujer la que debe encargarse de este asunto.

MARG. ¿Yo?

VEN. Si, al cabo tú eres su hermana...

MARG. Precisamente por eso vacilo en aceptar esa comision enojosa. José pensará en seguida que Rosa ha venido á quejarse, á contármelo todo: ademas, yo me conozco, yo no podria dejar de hablar en este asunto con demasiada energia, con demasiado calor tal vez... y esto seria de muy mal efecto hasta para mi misma hermana.

VEN. Y sin embargo alguien tiene que llevar la palabra.

ESCENA VIII.

DICHOS, FEDERICO, por el foro, con un album en cada mano.

FED. Aqui estoy, señores: llego un poco tarde; pero como dice el proverbio...

TODOS. ¡Federico!

FED. Ya no me separo de vosotros en todo el dia.

VEN. (Ap. mirando á Federico.) (¡El cielo nos le envia!)

FED. (Acercándose á Margarita y besándola la mano, despues de haberse vuelto hácia Julio, como para pedirle permiso.) Hoy es para tí, mi querida prima, un dichoso aniversario; y yo que tengo un interés tan vivo en todas las alegrias de la familia, yo que sé que las afecciones del corazon no viven menos de recuerdos que de esperanza, hubiera juzgado un imperdonable olvido el faltar á esta deliciosa solemnidad.

VEN. (Decididamente ahí está nuestro orador: es el mas elocuente en la familia.)

FED. Dejaré aqui estos dos álbumes, ya que me he encargado de mis privilegios anteriores. (Vá á colocarlos sobre una mesa. D. Venancio le sigue sin lograr fijar su atencion.) Yo seré hoy, como en otro tiempo, el que os ponga al corriente de la música nueva y de los dibujos de moda. Querido Julio, aqui tienes el billete del Casino, para el que yo como socio te he propuesto. (Entrega un papel á Julio, que acepta con efusion. Á un gesto de mal humor de Margarita le mete en su bolsillo. Federico se dirige entonces á D. Venancio.) Usted, papá mio...

VEN. Aqui no se trata de Casino, de estampas ni de música: aqui no ves mas que un abuelo, una hermana y un cuñado en la mayor ansiedad.

FED. ¿Qué dice usted? pues ¿qué ocurre?...

VEN. Tu prima Rosa, mi pobre nieta...

MARG. Mi infeliz hermana...

FED. ¿Eh?

MARG. ¿Qué? que no es dichosa.

JULIO. Que sufre mucho.

VEN. Que es la mas infortunada de las mujeres.

FED. ¿Es posible? (Ya lo habia yo previsto: cuarenta años...)

VEN. Cuando tú has entrado estabamos discutiendo sobre cuál de nosotros se encargaria de devolver...

FED. ¿La paz al hogar doméstico? Y bien, ¿no estoy yo aqui?

VEN. Eso es lo que yo decia.

JULIO. ¿Tú, Federico?

MARG. ¿Tú, primo mio?

FED. Sin duda: esa es mi especialidad. Yo me encargo de ello; y ahora mismo voy á buscar á mi prima... (Todo el mundo le detiene con un gesto.)

VEN. Tú te equivocas: no es á ella, sino á él, á quien debes...

FED. ¡Ah! usted opina...

TODOS. Si; es á él...

VEN. Él solo es el culpable, y á él es á quien hay que convertir.

FED. Mi método era preferible para castigarle mejor. El uso lo ha sancionado. Dirigiéndose á la mujer es como se corrige perfectamente el marido.

VEN. ¿Cómo es eso? No comprendo yo bien...

FED. Es muy sencillo. ¿No conviene que antes de todo conozca yo á fondo el grado del mal, la causa del padecimiento y los síntomas de la crisis conyugal en que se encuentra este matrimonio? Y ¿qué otro mejor medio para conseguirlo que interrogar con sagacidad á mi prima, y obligarla poco á poco, sin que ella lo note, á confiarme sus pensamientos mas íntimos y á darme á conocer todas las faltas de su marido hasta en sus menores detalles?

VEN. Tiene razon.

FED. Y ahora que pienso en ello, si nos vé á todos reunidos adivinará el complot y no podremos hacer nada.

JULIO. Justo.

VEN. Es cierto: te dejo

JULIO. Y yo tambien. (Váuse los dos por la derecha.)

MARG. Tambien yo. (Se detiene al ir á seguirlos y vuelve al lado de Federico.) Yo te lo suplico, primo mio, pon un término á mi impaciencia, y haz por calmar el dolor de Rosa. Eterna será mi gratitud si te debo la dicha de mi hermana.

FED. (Notando que está solo con ella la coge la mano y la dice en voz baja.) Y tú misma, que ruegas tanto por ella, ¿no tienes ningunos pesares secretos?...

MARG. ¡Oh! no: ningunos. ¡Que mi hermana sea dichosa y no conoceré la desgracia jamás!

FED. (¡Jamás) ¡qué lástima! esto es inverosímil.)

JULIO. (Apareciendo en el dintel de la puerta.) ¿Y bien, Margarita?

MARG. Ya voy, amigo mio, ya voy. (Le dá la mano, que Julio estrecha con efusion. Vánse.)

ESCENA IX.

FEDERICO, despues ROSA.

FED. (Viéndolos marcharse.) ¡Felices esposos! un año entero ha pasado por su matrimonio, y estan todavia en el cuarto creciente de su luna de miel. Siempre en el buen tiempo fijo. ¡Ah! tengo una ira... (Sonriendo y mirando á la izquierda.) ¡Vaya, vaya! contengámonos. La luna de miel no brilla al mismo tiempo en todos los matrimonios, y el de Rosa... (Entra Rosa pensativa por la izquierda sin ver á Federico, que continúa hablando aparte.) ¡Oh! ¡y es que está encantadora con su aire triste y desolado!... Mi familia me ordena enjugar sus lágrimas... obedezcamos la voz de la familia.

ROSA. (Yo no sé lo que siento... pero desde la conversacion con mi hermana experimento una tristeza...)

FED. (Acercándose á ella.) Yo tambien, prima mia.

ROSA. (Retrocediendo asustada.) ¡Ah! Federico, ¿estabas ahí?

FED. (Con melancolia) Llora, Rosa, llora... Eso consuela...

ROSA. Yo te aseguro... (¿Habré yo llorado?)

FED. Yo no te pido mas que una cosa, y es permitidme mezclar mis lágrimas con las tuyas.

ROSA. ¿Cómo?

FED. El que hace un año está hacinando en su corazon tesoros de llanto, ¿no ha de tener derecho para consolar la desgracia?

ROSA. ¿Tú tienes penas?

FED. Si, prima mia.

ROSA. Tú, ¿á quién se cita por todas partes como modelo de alegria y buen humor?

FED. ¿De alegria? Justamente por eso, Rosa. Yo no estoy nunca mas alegre que en los grandes accesos de tristeza. Viendo que no podia triunfar de mis penas, me he dicho: «Embriaguémoslas,» y las he conducido al gran mundo, las he vestido con elegancia... (Enterneciéndose por grados.) Las he hecho bailar, polkar, jugar, galopar en

las carreras de caballos... ¡Esfuerzos inútiles! mis penas han resistido todos los sacrificios que por ellas me he impuesto. Compadéceme, Rosa, compadéceme: ya ves que soy el mas desgraciado de los mortales.

ROSA. ¿Pero esto es una broma?

FED. No, prima mia. ¡Fatal modestia! tú me has perdido. Si, la modestia... ese sentimiento ridículo que el mundo premia con el nombre de virtud, es la que me ha hecho cometer hace un año una locura imperdonable.

ROSA. ¡Una locura!

FED. (Con mucha viveza y mucho fuego hasta el fin de la escena.) Rechazado por tu hermana Margarita, tuve el espantoso valor de rehusar á mi vez...

ROSA. ¿El qué?

FED. ¡Oh! no me acuses; si yo hubiera podido prever lo porvenir... ¡con qué entusiasmo hubiera escuchado los consejos, aceptado los ofrecimientos de mi pobre abuelo...

ROSA. ¿Cómo?

FED. ¡Hombre excelente! él solo tenia razon: él solo conocia bien á la mujer que podia decidir de la suerte de toda mi vida.

ROSA. Pero ¿qué dices? ¿qué mujer era esa?

FED. Era... un conjunto de todas las bellas cualidades... el modelo de la virtud y el candor!... Yo me juzgué indigno de poseer tal tesoro... y aquel dia que la rehusé por modestia, fuiste tú esposa de otro.

ROSA. ¿Yo?... ¡cómo! ¡era yo!... (D. José entra por el foro, deja en un sillon su sombrero y sus guantes, levanta la cabeza y mira naturalmente á Rosa y Federico.)

FED. (Sin verle, como hablando consigo mismo.) ¡Ah! ¡José! ¡José! ¡Tú te permites desconocer tu dicha? ¡José!... ¡José!... Desventurado de tí... (Volviendo vivamente al lado de Rosa.) Cuando yo miro hoy que mi sacrificio ha sido inútil, que tú tambien eres desgraciada...

ROSA. (¡Desgraciada! todo el mundo lo dice...)

FED. Juzga de mis tormentos, de mis pesares, de los reproches que yo me dirijo á mí mismo. Si, Rosa mia, si yo hubiera...

ESCENA X.

DICHOS, D. JOSÉ.

JOSE. (Que ha bajado al proscenio lentamente y sin ser visto, tiende la mano á Federico sonriéndose.) Buenos dias, primo mio.

FED. (Turbado.) ¿Eh? ¿sois vos? Celebro...

ROSA. ¡Mi marido!

FED. (Dominándose.) Buenos dias, primo. (D. José, despues de haberle apretado la mano, se acerca lentamente á Rosa, que se habrá alejado un poco turbada. Federico dice aparte, siguiéndole con los ojos.) (Habrá oido .. ¡Oh! no, no lo creo. Esa sonrisa... esa flema conyugal... Los maridos no oyen nunca.

JOSE. (Dá una palmadita á Rosa en la cabeza.) Aqui me tienes de vuelta... Me sucede tan á menudo estar lejos de tí mas tiempo del que quisiera... Pero tú sabes perfectamente que no trabajo por mí, ni que por mí pienso en ser mas rico ni mas considerado. Asi, para encontrar fuerza y valor en mi trabajo, necesito tu recuerdo, que, gracias á Dios, no me abandona.

ROSA. ¡Oh! yo te creo.

FED. (Mi persona se vá haciendo aqui un poco ridícula.)

JOSE. Por hoy al menos soy todo de mi familia. (Detiene con el gesto á Federico, que iba á retirarse.) Por fortuna, los negocios se han terminado. ¡Ah! muy pronto lo he dicho: falta todavia este. Toma, recorre esos papeles. (Le dá unos papeles pequeños.)

ROSA. ¿Qué es esto?

JOSE. Nada: cuentas que pagar. Eso es cosa tuya. ¿No eres tú la que arreglas todos nuestros gastos?

ROSA. Pero...

JOSE. ¿Te acuerdas de aquella carretela que te gustaba tanto?

ROSA. ¿Á mí?

JOSE. ¿Y que tu hermana te aconsejó el otro dia que me pidieras?

ROSA. ¿Margarita?

JOSE. Yo oigo todo lo que se habla, aunque parezca no fijar mi atencion en ello.

FED. (¡Hola! ¿si lo dirá por mí?) (Hace ademan de salir.)

JOSE. (Deteniéndole.) Estrenaremos la carretela esta tarde en

familia : tú nos acompañarás, querido primo. (Á Rosa.) Vé á decírselo á tu hermana.

FED. (Estos diablos de banqueros tienen para luchar contra nosotros argumentos demasiado contundentes. Yo que solo puedo ofrecer álbumes.)

JOSE. (Deteniendo á Rosa, que vá á alejarse.) ¡Ah! ya me olvidaba... un instante, Rosa, un instante. Hoy es el aniversario de nuestra boda: toma esta sortija.

FED. Perdona, primo mio, yo me retiro.

JOSE. No, quédate. Un amigo, un pariente no estorba nunca. ¡Oh! yo no soy romántico ni sentimental... Asi es que he querido unir á este recuerdo un pensamiento grave y positivo. Tú la llevarás siempre, ¿no es cierto?

ROSA. Siempre.

JOSE. Y si algunas veces me ves preocupado, distraido al lado tuyo, si me sucede no responderte cuando me dirijas la palabra...

ROSA. ¡Ah! ¿como hace poco?

JOSE. Si, como antes. Entonces, en lugar de irritarte, de acusarme en voz baja, de guardarme rencor durante dos horas enteras, mira esa sortija: ella te dirá que hasta en los momentos en que tú no logras distraerme de mis ocupaciones y mis trabajos, estoy pensando en tí; y si por mi parte llegase un dia en que por desgracia dudara de tu fidelidad y de tu cariño, entonces...

ROSA. (Extendiendo la mano y enseñando la sortija.) Entonces...

JOSE. Si, eso es, Rosa: me has comprendido.

FED. (¡Es muy bonito! Ya lo he visto yo en una zarzuela.)

JOSE. (Con gravedad.) Y en el acto volveria yo á estar tranquilo y me diria que mis desconfianzas y mis sospechas eran infundadas... y que ninguno de nosotros dos podia tener un pensamiento, uno solo, que no perteneciera al otro.

ROSA. (Echándose en sus brazos.) ¡Oh! si, yo te lo juro, esposo mio. (Él la besa en la frente y ella sale por la derecha.)

ESCENA XI.

D. JOSÉ, FEDERICO.

FED. (¡Esposo mio! ¡y le abraza! ¡y le adora! Se destruyó mi obra.)

JOSE. Perdona, Federico, por haberte obligado á presenciar una escena conyugal que te habrá dado ganas de reir... que te habrá divertido.

FED. No: te juro que no me ha divertido.

JOSE. Tambien á tí te llegará tu vez, y harás lo que yo. Poco á poco todos llegamos al mismo sitio por el mismo camino, y tomamos por lo sério ese nombre de marido, que tan ridículo juzgabamos cuando aun no era el nuestro. Despues encerramos toda nuestra existencia en el hogar doméstico, en la familia. Tal vez será absurdo, pero es cierto: en esa vida se encuentra una felicidad de la que antes no se podia tener idea. Ahora hablemos de tí, hablemos del que continúa siendo el mas elegante y el mas envidiado de nuestros jóvenes del dia.

FED. Primo...

JOSE. Cuéntame tus ocupaciones, tus placeres, tus conquistas, tus citas galantes en la Fuente Castellana...

FED. ¿Cómo?

JOSE. Háblame de esas reuniones aristocráticas, donde entre los dioses del Olimpo elegante no faltan algunas diosas. (En voz baja.) Teodora la corista, Julia, la mas vaporosa de las sílfides...

FED. (¡Las conoce á todas!)

JOSE. Y sobre todo, Paquita, que te ha preferido á tantos rivales, y que comparte contigo sus triunfos escandalosos...

FED. ¡Oh! pero tú, ¿cómo sabes...

JOSE. ¿Acaso en la Bolsa no se sabe todo? Bella edad es la tuya; por ella he pasado yo... y mè tenia, como tú, por un brillante seductor.

FED. Pero...

JOSE. Un Lovelace.

FED. Mas...

JOSE. Un don Juan Tenorio.

FED. ¡Primo!

JOSE. Un hombre hábil para explotar en el mundo, en los matrimonios, todas las debilidades de ellas, y todas las negligencias de ellos. Pero en fin, como yo no tenia siempre en la boca la palabra «negocios,» y como yo sentia en mí un instinto calculador que se puede aplicar á todo, llegué á obtener de tarde en tarde algunos triunfos parecidos á los tuyos...

FED. Primo mio... (¡Decididamente se está burlando de mí!)

JOSE. Puedo confesártelo: mi mujer no está ahi; y como puedo contar con tu discrecion, no sabrá nada. Puedo confesarte, decia, que siempre preferia dirigirme á las mujeres casadas. Es mucho mas cómodo, y no se arriesgan consecuencias de cierta índole.—Ademas, los maridos son tan crédulos, tan inocentes... ¿no es cierto? ¡Já já! Los pobres maridos... .

FED. (Esforzándose por reir.) Ciertamente. Los pobres maridos.

JOSE. (Riendo con mas fuerza y recobrando de repente un aire grave.) Un dia sin embargo, tropecé con uno, del que no pude sacar el mismo partido que de los otros. Un hombre raro, valiente, de unos cuarenta años...

FED. (Inclinándose.) ¡Bonita edad!

JOSE. Aquel hombre vino á buscarme y me dijo: «Un momento, amigo mio; yo no soy un niño: conozco el mundo, he estudiado el corazon humano en los matrimonios ajenos, y no tolero que se hagan estudios en el mio. Yo no le tengo á usted miedo y acepto la lucha. Yo me compondré de tal modo, para hacerle ridículo á los ojos de mi mujer, que le sea á usted imposible dirigirla una palabra, mirarla solo, sin excitar su risa. Y si yo no venciese, lo que me parece difícil... ¿Y bien? entonces...» (Hace un movimiento casi imperceptible de cólera: despues se detiene y vuelve á recobrar su aire tranquilo.) ¿Comprendes, primo mio?

FED. Perfectamente.

JOSE. Yo no soy cobarde, no he retrocedido nunca ante un duelo.

FED. Ni yo tampoco.

JOSE. (Con gravedad.) ¿Quién lo duda? (Continuando irónicamente.) Pero habia en la mirada de aquel maldito hombre tal aire de conviccion y seguridad, que no me atreví á hacer con él un ensayo de valor. Me persuadí de que en su casa no tenia ninguna esperanza de éxito, y me dirigí á otro lado.

FED. Hiciste bien, primo mio: yo hubiera hecho lo mismo en tu caso.

JOSE. ¿Verdad que si? Ya estaba yo seguro que serias de mi opinion. Voy á buscar á mi mujer. Hasta la vista, primo mio. (Váse por la derecha.)

ESCENA XII.

FEDERICO.

¡Esto es horrible! ¡espantoso! ¡Derrotado!... ¡completamente derrotado!... tiene razon: aqui no hay ninguna esperanza de éxito... Pero si los señores maridos nos roban el amor de sus mujeres, ¿qué les queda á los solteros?

ESCENA XIII.

DICHO, D. VENANCIO, apareciendo en la puerta por la que D. José acaba de salir. Viene loco de alegria y aprieta la mano de Federico, diciéndole:

VEN. ¡Amigo mio! mi querido nieto, has hecho una obra maestra.

FED. ¿De veras?

VEN. Has hablado á la mujer y al marido, y ahora se entienden ya perfectamente.

FED. ¡Qué gozo!

VEN. Rosa es dichosa, muy dichosa. (Enseñándole á D. José y Rosa que entran por la derecha, dándose el brazo.) Ahí los tienes... míralos y gózate en tu obra. Yo ahora hago mas que amarte... ¡te admiro!

FED. Gracias.

(Se oyen voces de Margarita y Julio en la izquierda.)

JULIO. Pero, Margarita, yo te aseguro...

MARG. Y yo, señor mio, le declaro... (Sigue el murmullo.)

JOSE. ¿Eh? ¿qué es eso?

VEN. ¡Oh! por ese lado estoy tranquilo. Dos esposos de la misma edad que se llevan tan perfectamente...

(Margarita y Julio entran acalorados disputando por la izquierda, sin ver á los demas personajes.)

ESCENA XIV.

DICHOS, JULIO y MARGARITA.

JULIO. Me parece sin embargo, señora...

MARG. De ningun modo.

JULIO. Que puedo ir mañana sin ningun peligro...

MARG. Ni mañana ni nunca.

JULIO. (Gritando mas.) Puesto que estoy admitido en el Casino...

MARG. ¡Nunca, te digo!

TODOS. Pero, ¿qué es esto?

MARG. (Sin hacerles caso.) ¡Salir de noche sin su esposa! ¡De ninguna manera!

JULIO. He prometido ir.

MARG. Á mí no me importa.

JULIO. Yo soy el amo de mi casa, y te digo que iré.

MARG. Yo soy el ama de la mia, y te desafio á que lo hagas. (Todos los rodean para calmarlos.)

VEN. ¿Pero qué eso, Dios mio? ¿qué teneis? ¿qué os ha dado?

ROSA. ¡Una disputa!

VEN. La primera.

FED. (Colocándose entre Julio y Margarita) (Principio quieren las cosas.) (Todos hablan á un tiempo. Cuando la disputa está mas acalorada, cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Un jardin. Á la derecha, en primer término, un árbol grueso, al lado de cuyo tronco hay un banco de hierro, rodeado de rosales. Á la izquierda la entrada de un pabellon, al cual se sube por dos ó tres escalones.

ESCENA PRIMERA.

FEDERICO, MARGARITA.

Al levantarse el telon Margarita está sentada á la derecha con un libro en la mano, cuya lectura parece preocuparle profundamente. Federico aparece por el foro, sin ver á Margarita, con una cartera en la mano, que examina con atencion.

FED. ¡No hay duda ninguna! esta cartera es la suya, y esta cifra la ha bordado su mujer. (Baja al pròscenio y vé á Margarita.) ¡Ah! ¡ella es! leyendo la novela que la he prestado: perfectamente. (Guarda con rapidez la cartera en el pecho, se acerca de puntillas á Margarita y continúa en voz baja.) Es un libro magnífico, que trata de las pasiones femeninas y de la fidelidad conyugal con un descaro y una audacia sorprendentes. Es, por fin, una novela de ideas muy avanzadas, escrita por una mujer.

MARG. (Leyendo.) «La pobre Carolina, durante la ausencia de »su esposo, vertia amargas lágrimas sorprendidas á me»nudo por la ternura ingeniosa y perseverante del mar»qués de Ribazo, el que, observando en silencio todas

»las agitaciones de aquel corazon tan cruelmente des-
»garrado, sufria como ella y mas que ella misma.»

FED. (¡Bravo!)

MARG. (Leyendo todavia.) «Carolina conocia todas las faltas de »su esposo, á pesar de que el marqués guardaba en este »asunto una discrecion impenetrable. Pero las mujeres »lo adivinan todo: tienen una delicadeza de instinto, una »seguridad de prevision que las coloca fácilmente en la »pista que quieren seguir, y las hace descubrir lo que »se las quiere ocultar. Entonces sufren mucho tiempo »sin quejarse y sin pensar en la venganza. Pero un dia »la paciencia se agota, el dolor cede su sitio á la cólera »y... (Al leer estas líneas, que lo ha hecho conmovida, se levanta con rapidez, deja caer el libro en el banco y dá un grito al encontrarse frente á frente con Federico.) ¡Ah!

FED. (Inclinándose ligeramente y sonriendo.) ¿Te interesaba mucho esa lectura, prima mia?

MARG. ¡Oh! todas las novelas de hoy se parecen unas á otras. Siempre hay en ellas un esposo frívolo, ligero, inconstante, y, como contraposicion forzosa, una mujer abandonada, mal conocida, triste y desgraciada.

FED. Cuando se hace un cuadro de costumbres es preciso pintar al mundo tal cual es.

MARG. ¿Y por qué no tal cual debe ser?

FED. Seria demasiado inverosímil.

MARG. Tal vez tengas razon. Lo mismo que en pintura hay nubes que el pincel mas práctico no podria copiar, asi en materia de pasiones hay sentimientos que se escapan á la pluma mas ejercitada.

FED. El arte tiene sus límites. (Yendo á coger el libro.) Si quieres, prima mia, juntos reanudaremos el hilo...

MARG. No, no: yo te lo ruego, Federico; entremos en casa.

FED. ¡Cómo! ¡ya!... ¡La mañana está tan hermosa!... apóyate en mi brazo y contemplemos juntos el límite azul del cielo y las caprichosas tintas de los árboles.

MARG. Te dejo en tu éxtasis.

FED. La admiracion es un suplicio cuando no se puede compartir con una noble y poética inteligencia.

ESCENA II.

DICHOS, D. VENANCIO.

VEN. (Que ha aparecido en los escalones del pabellon y ha oido las últimas palabras.) Tienes razon: cuando uno está sorprendo, maravillado, se siente la necesidad de comunicar sus emociones: y cuando no se está de acuerdo en un asunto, explicando la cosa á otra persona, acaba uno por comprenderla perfectamente.

FED. (Con intencion.) Ya lo ves, prima mia, papá es de nuestra opinion.

VEN. Y tanto lo soy, que estoy dispuesto á acompañarte en tu paseo.

FED. (Disgustado.) ¡Me encanta la idea!

VEN. Aunque en materia de árboles frondosos estoy por los de la calle de Alcalá y los de la plazuela de Oriente.

FED. La naturaleza alumbrada por el gas... comprendo.

VEN. (Mirando atentamente á Margarita.) Pero ¿qué es lo que tienes, hija mia? Desde hace algun tiempo pones todo tu conato en ocultarme tu malestar. Es inútil: yo lo sé todo.

MARG. ¿Todo?

FED. Si, ¿eh?

MARG. (¡Pobre abuelo!)

VEN. Y me permitirás que te diga que no eres razonable. Tú no haces justicia á tu marido, que te ama siempre y que se ocupa siempre en tí.

MARG. ¡Ah! ¿Usted cree?...

VEN. Estoy seguro.

MARG. Pero si es cierto que me ama todavia, ¿por qué...

VEN. Adivino tu pregunta. ¿Por que no está aqui para responderte y justificarse él mismo? Pues bien: para que veas, Margarita, cuánto nos ciegan nuestras opiniones, en este momento está ausente por tí, y para ahorrarte un gran sentimiento. Busca...

MARG. ¿El qué?

VEN. ¡Oh! yo habia prometido no decirte una palabra, porque él parecia tener un gran interés en que tú lo ignoraras siempre... Pero, puesto que veo que le acusas y dudas de su amor, de dos males elijo el mas pequeño,

y no tengo fuerzas para ocultarte la verdad.

MARG. y FED. (Á un tiempo.) ¿La verdad?

VEN. He oido al pobre Julio quejarse á su ayuda de cámara de la pérdida de una cartera.

MARG. ¿Una cartera?

FED. ¿Cómo?

VEN. La que tú le regalaste, y que parece contenia cierto número de billetes... (Federico saca la cartera del pecho sin que le vean.) Billetes de banco, creo; valores considerables... Estaba desolado... lleno de terror... Ya sabes que él no es interesado; pues sin embargo perdia la cabeza, pronunciaba tu nombre... En fin, te digo que por tí sola se afligia de aquella manera.

MARG. ¿Por mí? (Durante estas palabras Federico ha abierto la cartera y mirado los papeles que contiene.)

FED. ¡Cielos!

VEN. ¿Qué es eso?

MARG. ¿Qué tienes?

FED. ¿Yo? nada. (¡Paquita! ¡letra y firma de Paquita!)

VEN. Me parece que noto en tí...

FED. No, nada; créame usted. Siento la natural emocion al oir que tal vez peligra la fortuna de mi prima. Puede ser sin embargo que ustedes se hayan alarmado sin motivo... y que la cartera...

VEN. Yo he creido siempre en mis presentimientos, y espero que se encontrará. Si yo fuera tan feliz que la pudiera poner en tus manos...

FED. ¿En sus manos?

VEN. Tú podrias entonces dar á Julio esa sorpresa á su vuelta de Madrid.

MARG. (Tristemente.) ¿Á su vuelta?

FED. (En sus manos; ¿y por qué no? ¡Cartas de Paquita!)

VEN. He oido parar un coche. Julio sin duda.

MARG. ¡Gracias á Dios!

FED. (Con cólera.) (Yo le hablaré á solas.)

MARG. ¡No es él!

VEN. ¡Mi hija y su marido!

FED. (¡Diablo! ¡me hubiera yo pasado muy bien sin su visita!) (Durante este aparte, Margarita y D. Venancio han ido al encuentro de Rosa y D. José.)

ESCENA III.

D. VENANCIO. D. JOSÉ, ROSA, MARGARITA y FEDERICO.

VEN. ¡Rosa! ¡hija mia!

ROSA. ¡Abuelito! hermana...

MARG. ¡Cuánto tiempo hace que no te veo!

JOSE. ¡Hola! está aqui nuestro primo Federico. (Con ironia.) Ya esperaba yo verle; asi se lo he dicho á mi esposa en el camino: ¿no es cierto, Rosa?

ROSA. ¡Es verdad!

FED. (Inquieto.) ¿Y por qué te figurabas?...

JOSE. Por nada; te conozco y sé el cariño particular que profesas á tus parientes. ¡Yo mismo he tenido de ello pruebas positivas! ¡Asi es que la sinceridad de mi gratitud iguala á la lealtad de tu afecto!

VEN. (¡Vamos, no es ingrato! se acuerda que gracias á él se arregló su dicha conyugal.) Pero vuélvete un poco, hija mia, que yo te vea... estás siempre tan fresca y tan alegre...

JOSE. Un poco fatigada del viaje.

VEN. Pues me parece que de Madrid á Valencia...

ROSA. Ya me verá usted esta noche...

VEN. José es un marido que contribuye no poco á la alegria de su mujer. Estoy muy contento contigo; mis prevenciones eran injustas, y ya estoy curado para siempre.

JOSE y ROSA. ¡Sus prevenciones!

VEN. Ciertamente: á pesar de mi cariño y de la confianza que tenia en tí, no ví sin temor hace diez y ocho meses el instante en que mi Rosa te eligió por esposo. Tenia miedo, y miedo justo: era abuelo, y al temblar por el porvenir de mi nieta, me decia: «Es tan jóven ella y él es ya tan... en fin, ¿qué resultará de la union de la primavera con el otoño?...»

JOSE. ¡El verano, que tiene su natural sitio entre las dos estaciones!

VEN. ¡Te juro que no habia pensado en ello!

FED. (¡Y se llama verano á sí mismo! ¡qué amor propio!)

JOSE. ¡Dios me libre de hablar mal de la juventud y de denigrarla en el momento en que yo la pierdo! Pero juro en conciencia que sin desdeñarla no la echo de menos; y si

hago justicia á todo lo que tiene de bueno, noble y generoso, hasta en sus mas locas ilusiones, opino que la edad que le sucede tiene tambien sus virtudes y su felicidad. La fiebre se calma, y la razon se presenta, sin ser todavia demasiado grave ó austera, como en la vejez; en esa edad, por último, se tienen al mismo tiempo las lecciones de lo pasado, la realidad de lo presente y las esperanzas de lo porvenir. Detiénese el hombre á los cuarenta años, y si entonces se le acerca una mujer y le entrega su corazon y su mano, tiene la seguridad de ser amada para toda la vida. Los poetas cantan á menudo las alegrias inefables del primer amor; pero yo creo que no hay nada igual á la dicha tranquila y eterna de una última afeccion.

FED. Me permitirás, querido primo, que espere unos diez años para darte mi opinion en este asunto.

JOSE. Es inútil; ya sabes que en la carrera del amor, lo mismo que en la carrera militar, los años de campaña se cuentan dobles. (Ap. á Federico.) (Sobre todo cuando la guerra es desgraciada...)

FED. (Ap. á José.) (¡No siempre!)

JOSE. Pero os estoy haciendo aqui la apologia de la edad madura, sin notar que incomodamos á estas niñas, que tendrán mil cosas que decirse. ¡Digo, dos hermanas que se quieren tanto y que no se han visto hace tres meses!

VEN. Tiene razon, y os dejamos.

JOSE. Vamos, Federico; hay ocasiones en la vida en las que hasta un primo está de mas.

FED. Soy contigo. (¡Leeré estas cartas antes de tomar una resolucion!)

VEN. (Á D. José.) Ven á ver si me ayudas á buscar.

JOSE. ¿El qué?

VEN. Ya te diré lo que se ha perdido.

FED. ¡Si... que te cuente!...

JOSE. Hasta luego, Rosa. (Dándole una palmada en la cabeza.)

FED. (La ama como siempre... á su manera...)

MARG. (¡Al menos mi hermana es feliz!...)

VEN. Vamos, os voy á enseñar... (Vánse.)

ESCENA IV.

MARGARITA, ROSA.

MARG. ¡Qué bien has hecho en venir á verme en mi soledad! ¡Tenia unos deseos de verte! Ya se vé, tú viajando por las Provincias y yo encerrada en Valencia hace seis meses...

ROSA. Verte debia ser mi primer pensamiento al llegar á Madrid; pero el hecho es que hoy se le debes agradecer á mi marido.

MARG. ¡Á tu marido!

ROSA. Él ha pensado en procurarme el mayor placer de que puedo disfrutar, el de verte y abrazarte.

MARG. ¡Buen José!

ROSA. ¡Si tú supieses cómo me mima... y cuánto nos queremos!

MARG. Sin embargo... hace medio año...

ROSA. Cierto; el primero de mi matrimonio... ¡Hay tantas exigencias en el corazon de una mujer! Te confieso que entonces, al ver tu matrimonio, tuve dudas y desconfianzas comparándole con el mio... un dia llegué casi á arrepentirme de haberle hecho; pero esas dudas duraron muy poco, á Dios gracias... Esta sortija, que él me dió aquel dia, y que debia ser para nosotros una señal de reconciliacion si cesaramos de estar bien avenidos; esta prenda, que he guardado como un recuerdo de amor eterno, aun no ha llegado á desempeñar su objeto. Aun no hemos tenido necesidad de recurrir á este talisman para reconciliarnos. Siempre estamos de acuerdo, y he recobrado en fin para siempre todas mis antiguas convicciones. ¿Te acuerdas cómo te elogiaba yo á mi esposo cuando ibas tú á casarte con él? ¿cómo te pintaba su afecto franco y desinteresado, y qué poco participabas entonces de mis ideas?

MARG. (Con tristeza.) Todo lo recuerdo.

ROSA. Tú no querias ser su mujer... y yo tomé para mí misma, feliz y alegre, el horroroso porvenir que te estaba reservado. Ya lo ves, hermana mia, no debes tener ninguna inquietud por mi suerte. Hoy no tengo nada que envidiarte, por grande que pueda ser tu felicidad.

MARG. (Sin poder contenerse.) Mi felicidad... tienes... razon... soy... muy dichosa...

ROSA. ¡Qué veo! ¡Lo dices llorando!

MARG. Si, tenia necesidad de verte, Rosa. Estas lágrimas me ahogaban, y en tus brazos puedo al fin derramarlas.

ROSA. ¡Dios mio! ¿qué me dices? ¡Yo, que venia aqui tan contenta!... Pero el abuelo....

MARG. No sabe nada. Delante de él tengo todavia valor para sonreir, para engañarle. Disfrute él la mitad de tu dicha, pero yo no tengo nada que ofrecerle. Tú eres la única persona en el mundo á quien yo puedo contar todos mis pesares, todos mis sufrimientos.

ROSA. ¡Oh! si, tú me lo dirás todo, tú me lo confiarás todo, Margarita mia, y yo consolaré tus penas, y te probaré que tú tambien te engañas.

MARG. ¿Que me engaño?

ROSA. Tú sabes cómo nos atormentamos á nosotras mismas... Recuerda cómo temblabas tú por mí hace seis meses.

MARG. Si, pero aquella desgracia tuya no era mas que un sueño que en mí se ha realizado. Allí todo se reducia á suposiciones; aqui todo son realidades. Yo te compadecia porque tu marido se ausentaba algunas horas cada dia para negocios importantes, para añadir algo á fuerza de trabajo al bienestar, á la prosperidad de que rodeaba tu vida. Mi marido se aleja de mí dias, semanas enteras. Por su gusto vivimos en Valencia, y él hace sin cesar viajes á la córte. ¿Por qué? Lo ignoro. Nunca ha pensado en negocios. En cuanto á su fortuna, no piensa mas que en disiparla, en perderla con falsos amigos... ó tal vez...

ROSA. ¡Oh! ¡hermana mia!

MARG. Ni un motivo honroso... ni un pretexto con que pueda disculpar la crueldad de su abandono, y si algunas veces se encuentra en mi presencia y me atrevo á quejarme ó á interrogarle, me responde que los hombres tienen deberes que cumplir que los alejan de su casa; que la política, que el Casino... si, esa es su eterna excusa, que el Casino le reclama, le aparta de mi lado y absorbe todos los instantes de su vida.

ROSA. ¡El Casino! ¡Oh Dios mio! Es una enfermedad que no he conocido por mí misma; pero parece que es epidémica. Asi como nosotras padeciamos antes de jaqueca, asi hoy

padecen ellos de Casino. Hoy ha llegado á ser el enemigo mas encarnizado de las mujeres casadas; y si de tarde en tarde encuentro en el mundo algun mal matrimonio, apostaria, segura de ganar siempre, que el marido vá al Casino.

MARG. De este modo se han realizado mis esperanzas, y asi han concluido sus juramentos de amor y fidelidad. ¡Oh! ya lo ves tú misma, Julio no me ama ya, y yo soy muy desgraciada.

VEN. (Dentro.) ¡Hija mia! ¿Estás ahí, Margarita?

MARG. ¡El abuelo!

ROSA. ¡Ah! te suplico...

MARG. Si, te comprendo: es preciso sonreir aun: yo tendré valor.

ESCENA V.

DICHAS, D. VENANCIO.

VEN. (Entrando cansado y lleno de alegria.) ¡Al fin te encuentro! ¡Si supieses qué feliz soy!... Figúrate...

MARG. y ROSA. Hable usted.

VEN. Y bien, hijas mias, la fortuna llega durmiendo: yo lo he experimentado toda mi vida. Federico y yo habiamos acompañado á José para que viera el kiosco, y sin saber cómo, me han dejado allí medio dormido... mas que medio... Al despertarme, y cuando yo no pensaba mas que en apretar el paso para unirme á ellos, me ví obligado á detenerme y á bajarme á pesar mio para recoger del suelo lo que habia sido para mí, durante cuatro horas, el objeto de las pesquisas mas minuciosas y mas inútiles. Esta cartera...

MARG. (Vivamente.) ¡Oh! ¡déme usted, déme usted, padre mio!

ROSA. ¿Esa cartera, Margarita?... explícame... (Margarita abre la cartera, recorre los papeles, y dá un grito de dolor y de indignacion.)

MARG. ¡Ah!! (Movimiento de espanto en los otros dos personajes.)

VEN. ¿Qué tienes?

ROSA. ¡Margarita!

VEN. ¡Tú me espantas! Ese grito...

ROSA. (En voz baja, señalando á D. Venancio.) (¡Pobre hermana mia! ¡piedad para él!)

MARG. Este grito era de alegria, de felicidad. Usted me trae una fortuna... y estos billetes... comprendo el pesar que Julio experimentaria con haberlos perdido. Debia ser igual, por lo menos, á la dicha que yo siento por habérmelos usted devuelto.

VEN. Has hecho bien en tranquilizarme, hija mia: me has dado un miedo... Verdad es que todas las emociones se parecen, y ese exceso de alegria yo le habia tomado por... ¡Es tan débil la cabeza de un viejo! (Volviéndose hácia la derecha.) Pero ¿no ois ruido? ¡Tal vez sea él! Hoy prometió venir...

ROSA. ¡Julio!

MARG. ¡Mi marido!

VEN. Dejadme, dejadme á mí anunciarle la dichosa noticia.

ESCENA VI.

DICHOS, JULIO.

JULIO. (Entrando con rapidez por el foro de la derecha, hablando bajo, sin ver á los demas personajes.) ¡Nadie! ¡nadie en su casa! ¿Adónde habrá ido?

MARG. (Queriendo oirle.) ¿Qué dice?

VEN. Mira qué inquieto está todavia... á mí me toca tranquilizarle.—Vaya, alégrese usted, señor nieto.

JULIO. ¡Don Venancio!

VEN. ¡Ya ha parecido!

JULIO. ¿Quién? ¡Ah! ¡mi mujer! ¡Rosa! ¡cómo me miran!

VEN. Es preciso que te alegres como nosotros: he encontrado tu cartera.

JULIO. ¡Mi cartera!

VEN. Yo mismo se la he entregado á tu mujer.

JULIO. ¡Á mi mujer!

MARG. (Adelantándose.) Si, caballero, aqui está.

JULIO. (Turbado.) ¡Cómo!

MARG. He visto con mis propios ojos todo lo que contiene, y puedo decirte: «Tranquilízate, nada has perdido.»

JULIO. ¡Cielos!

VEN. Os dejo: pero ahora, querido Julio, que estamos todos tranquilos, espero que no volverás á marcharte, y que permanecerás, como antes, siempre al lado suyo. (Movimiento de los tres personajes. Rosa contiene á Margarita, que

está á punto de hablar.) Ahora necesito una prenda de la calma que ha vuelto á renacer; y si me quereis, debeis abrazaros delante de mí.

MARG. (¡Yo!)

ROSA. (Ap. á Margarita.) Es preciso: el pobre anciano es dichoso en sueños. Por Dios, no le despiertes. (Margarita, con la mirada fija y estallando de cólera, tiende la mano á Julio, que la besa.)

VEN. ¡Asi me gusta! (Váse por el foro, mientras que Julio y Margarita guardan un silencio glacial.)

ESCENA VII.

ROSA, MARGARITA, JULIO.

Momento de silencio de los tres personajes, hasta tanto que D. Venancio desaparece.

MARG. Al fin estamos solos; ya no tengo necesidad de contenerme, y puedo decir á usted cuánto le odio y le desprecio.

ROSA. ¡Margarita!

JULIO. Odio... desprecio... Esas palabras...

MARG. ¡Oh! aunque yo pudiera encontrarlas mas horribles todavia, bastarian apenas para expresarle todo lo que experimento. (Llorando.) Ahí tienes, hermana mia; esa fortuna, esos billetes que mi padre estaba tan orgulloso en devolverme, estan firmados por una mujer.

ROSA. Eran...

MARG. Cartas de amor, de una tal Paquita, á la cual me sacrificaba. Yo lo hubiera perdonado todo menos este ultraje. Vuelva usted, caballero, vuelva usted á su lado.

ROSA. Hermana mia, por piedad...

JULIO. ¡Margarita! en nombre del cielo...

MARG. Déjeme usted, Julio, déjeme usted. Entre nosotros no puede haber ya mas que una separacion eterna.

ESCENA VIII.

DICHOS, FEDERICO, despues D. JOSÉ.

FED. (Que aparece en el foro de la izquierda.) ¡Una separacion!

MARG. Ven, Rosa mia; ya ves lo desgraciada que soy: mis presentimientos se han realizado, no me abandones, y á usted le prohibo que me siga.

JOSE. (Que ha aparecido al lado opuesto en que se encuentra Federico.) ¡Qué oigo!

ROSA. ¡Oh! piénsalo bien.

JULIO. Yo te explicaré...

MARG. Todo es inútil. (Margarita y Rosa entran en el pabellon seguidas por Julio. D. José baja al proscenio.)

ESCENA IX.

D. JOSÉ, FEDERICO.

JOSE. (Siguiéndolas con los ojos.) El barómetro marca tempestad... y de las mas violentas... ¿De dónde habrá venido? ¡Ah! ya veo una nube. (Viendo á Federico, que coge tranquilamente flores en los cuadros del jardin.)

FED. (Viéndole.) ¡Mi primo!

JOSE. ¡Qué modo de coger flores! Es una verdadera devastacion. Ya se vé, los conquistadores no saben mas que destruir.

FED. Gran conquistador de sencillas é inocentes flores.

JOSE. ¿Las flores inocentes? Esa es una de tantas reputaciones usurpadas como hay por el mundo.

FED. Esa broma...

JOSE. (Interrumpiéndole.) Nada es mas formal. Aprovechándose del error vulgar que las clasifica entre el número de las cosas sin importancia, las flores llegan á todas partes, penetran en los salones, se ocultan en las alcobas, se apoderan con descaro y audacia del pecho de una mujer, y son, á un mismo tiempo, símbolos de esperanza, prendas de amor, ó depositarias de tiernos mensajes.

FED. (Ap. haciendo dos ramilletes pequeños.) (¡No es mala idea! ¡gracias, primo mio!) (Esconde un papel en uno de ellos.)

JOSE. (Sin haberle visto.) Yo opino como un célebre poeta moderno. La historia de las flores es el martirologio de los maridos.

FED. Yo no sé si despues de tan brillante párrafo, puedo atreverme á ofrecer á tu mujer estas flores que la destinaba.

JOSE. Atrévete, querido mio, atrévete. Ó es uno primo ó no

lo es; y gracias al cielo, mi mujer no ha perdido el derecho de que la trates como pariente.

FED. Eres muy amable.

JOSE. (Acercándose á él.) Pero veo ahí otras flores tan bellas como la persona á quien las destinas sin duda. Son margaritas: la eleccion es del mejor gusto, y debe prestarse á las mas deliciosas comparaciones. Asi es que el pobre Julio debe andar contigo con cuidado.

FED. Primo mio, hace seis meses, poco mas ó menos, que me contaste la historia de yo no sé qué marido, de edad de cuarenta años, historia muy instructiva y muy interesante. ¿Te acuerdas de ella? Yo la he conservado en la memoria y he procurado sacar de ella el mejor partido posible.

JOSE. (¿Adónde vá á venir á parar?)

FED. Desde aquel tiempo no he perdido de vista á ese diablo de hombre, he observado todas sus acciones; y á mi vez puedo contarte hoy una pequeña aventura, en la cual, por esta vez al menos, su papel no ha sido el mas brillante.

JOSE. ¡Ah!... te escucho con impaciencia.

FED. Envalentonado con un primer triunfo, el marido de que te hablo, ha querido erigirse en protector de todos los matrimonios... vacilantes. Y ¿qué ha sucedido? que el mismo á quien un dia habia obligado á batirse en retirada y á quien tuvo la imprudencia de atacarle por segunda vez en un terreno que no era el suyo, se colocó delante de él y le dijo: «poco á poco, caballero; yo no soy un niño, y si algunas veces, con buenas razones, se logra hacerme bajar la cabeza, me aprovecho con rapidez del primer pretexto que se me dá para levantarla. ¿Con qué derecho viene usted á colocarse entre la mujer á quien amo y yo, cuando el que debia protegerla la sacrifica á indignas rivales? ¿Con qué razon quiere usted imponerme el sacrificio de mis mas queridas esperanzas, cuando las suyas se han realizado á mi costa?»

JOSE. ¿Cómo?

FED. ¿Con que ese hombre casado con una mujer encantadora me ha de haber vencido en mis luchas amorosas, robándome el amor de Paquita, y yo, soltero, he de tener escrúpulo en llevar la guerra á su domicilio? ¿he de sufrir la derrota y no he de procurar la revancha? No, amigo

mio, no: diga usted lo que quiera, yo perseveraré en mi proyecto. De todas las leyes humanas, la mas justa, la mas imperecedera de todas es la del talion... Nada perdonaré para ganar, para conquistar, para sorprender el amor de mi prima, gozándome sin remordimientos en mi felicidad...» Eso es lo que yo he dicho á...

JOSE. Ya comprendo; pero hay que advertir...

FED. El primer pensamiento de mi primer marido, el que defendia las causas ajenas despues de haber ganado las propias, fué montar en cólera y buscar una riña... pero un instante de reflexion bastó para convencerle de que esta vez su intervencion no era legítima, y que un duelo reportaria, á la que él queria defender, un escándalo que no le convenia provocar... ¿Sigues comprendiendo?

JOSE. Perfectamente.

FED. Entonces él se dijo: «dejemos á ese pobre muchacho aprovecharse tranquilamente de su juventud, no nos mezclemos en sus amores, y contentémonos con haber salvado nuestros penates, sin inquietarnos por los de los otros.» ¿No es verdad que hizo bien, primo mio?

JOSE. Pero...

FED. Ya estaba yo seguro que serias de mi opinion. Hasta la vista, primo mio: y voy, puesto que me lo permites, á dar la última mano á mis ramilletes, y á presentárselos á mis encantadoras primas. (Váse.)

ESCENA X.

D. JOSÉ, JULIO.

JOSE. ¡Yo estoy confuso! ¡tanta audacia! Y es que no encontraba nada que contestarle... y sin embargo, es preciso. (Viendo á Julio que sale del pabellon.) ¡Ah! ¿al fin estás aqui?

JULIO. Amigo mio, te buscaba: tengo necesidad de tu apoyo, de tu amistad.

JOSE. ¿Y para qué?

JULIO. ¡Oh! no me abandones. Margarita rehusa verme y oirme. Me he echado á sus pies: tu mujer la ha suplicado conmigo. Todo inútil: ha continuado en la idea de una separacion eterna. Entonces he conocido cuánto era culpable, y estoy desesperado, loco. ¡Oh! ¡amigo mio!

este dia es el mas desgraciado de toda mi vida.

JOSE. ¿Y sin embargo esta mañana eras feliz con el amor de otra mujer?

JULIO. ¡Feliz! no lo creas. La vanidad solo... Á esas mujeres no se las ama.

JOSE. No se las ama... Eso se dice al menos... ó se esfuerza uno en creerlo. Pero por ellas se hace uno culpable de todas las locuras y de todas las faltas posibles. Sin quererlas, piensa uno solo en agradarlas, y los maridos olvidan por esas mujeres á las madres de sus hijos, por ellas se olvidan los deberes, las afecciones... hasta deja uno de pensar en ser hombre honrado.

JULIO. ¡Oh! ¡jamás! ¡jamás! amigo mio, merezco tus dudas, tus reproches; pero tú te unirás á Rosa para decir á Margarita que mi vida entera se consagrará á reparar mis faltas, á merecer que me devuelva un dia toda su ternura. Tú se lo dirás, ¿no es cierto? Está seguro de que la fiebre y el delirio de mi juventud no me obligarán jamás á olvidar una palabra de la que yo te haga fiador y depositario.

JOSE. (Tendiéndole la mano.) Te creo, y estoy dispuesto á hacer por tí todo lo que tú quieras. Solo que tengo miedo no sea demasiado tarde.

JULIO. ¡Ah! ¿tú crees?...

JOSE. No es siempre fácil recobrar el corazon de una mujer despues de haberle perdido por nuestra culpa... no suele engañársela impunemente: y cuando se van á buscar distracciones fuera de nuestra casa, nada mas fácil que los ladrones se introduzcan en ella.

JULIO. ¿Qué dices?

JOSE. ¡Oh! ¡y hay tantos ladrones!... Ten siempre presente, por regla general, que cuando una mujer quiere apartarse del camino recto, consiste en que su marido ha tenido antes la insigne torpeza de enseñarla los atajos.

JULIO. ¡En nombre del cielo, explícate! Margarita...

JOSE. Ahí la tienes con mi mujer.

ESCENA XI.

DICHOS, ROSA y MARGARITA.

MARG. No me hables mas, y déjame sola. (D. José y Julio se reti-

ran al fondo.)

ROSA. Y no te dejaré hasta que hayas anunciado...

MARG. ¡Jamás!

ROSA. Margarita, el dolor es un mal consejero, y dentro de poco tú misma rechazarás con resolucion el proyecto funesto que te inspira.

MARG. No lo creas; mi resolucion es irrevocable.

ROSA. Una mujer... ¿abandonar la casa de su marido?

JULIO. ¿Qué dice?

MARG. Si, huir para siempre de una casa que ha hecho odiosa el hombre que debia hacerla feliz... Cuando la vida no puede ser ya en ella mas que un eterno suplicio.

ROSA. ¿Pero qué dirá el mundo?

MARG. ¿Se ocupa acaso el mundo de mis penas?

ROSA. ¿Pero nuestro abuelo?

MARG. Tú le consolarás... tú encontrarás una disculpa á mi partida. Tú tendrás valor...

ROSA. Para mentir, ¿no es cierto? No, hermana mia, no. Yo se lo diré todo, y él morirá tal vez por tu...

MARG. ¡Oh! no acabes. (Al decir estas palabras ha dirigido vivamecte hácia Rosa el ramillete que tiene en la mano.)

ROSA. ¡Cielos! ¿qué he visto en ese ramo?

MARG. ¡Un billete! (Baja los ojos y hace un movimiento involuntario para ocultar el ramo á su hermana. Momento de silencio. Los dos maridos, colocados á la izquierda delante del pabellon, escuchan con la mayor emocion. Rosa se acerca á Margarita y la coge la mano.)

ROSA. Ahora mas que nunca comprenderás que no debo dejarte partir... que debo hacerte oir la voz de la razon, la de tu hermana... y si no fuera bastante, la de tu madre.

MARG. ¡De mi madre!

ROSA. Si; ¿no es cierto que siempre nos ha sido dulce guardar la santa creencia de su gloria? ¿no es cierto que ella nos vé y nos oye, y que tú no querrás ruborizarte delante de ella?

MARG. No, no... tienes razon: jamás, jamás, hermana mia. (La besa llorando.)

ROSA. Ya lo sabia yo.

JULIO. (Señalando á Rosa.) ¡Excelente Rosa!

JOSE. Es cierto: ¿pero vale menos Margarita? Mira, está llorando. Adios toda su cólera... todos sus proyectos.

JULIO. ¿Seria posible?

ROSA. (Á Margarita.) Una palabra todavia, que vá á parecerte bien frívola despues de una entrevista tan grave; pero muchas veces... las cosas mas frívolas se dan la mano con las sérias. Margarita, ¿quieres darme ese ramo que acaba de ofrecerte Federico?

JULIO. ¿Federico? (Mira con inquietud á D. José, que le hace una seña afirmativa.)

MARG. (Bajando los ojos.) ¿Qué dices? darte...

ROSA. Y tomar este en cambio.

MARG. Tú quieres...

ROSA. Yo no quiero nada; te lo suplico.

MARG. Toma, hermana mia; y te juro que yo no habia autorizado...

ROSA. No te injuries á tí misma. (Cambian las dos de ramo. Rosa saca el papel oculto en el de Margarita.) Leamos. Te ofrece acompañarte en tu huida... servirte de apoyo... de protector.

JULIO. (Estallando.) ¡Él!... ¡miserable!...

MARG. ¡Mi marido!

ROSA. ¡Julio! (Federico aparece á la derecha y Julio se lanza hácia él.)

JULIO. Caballero, sígame usted.

FED. ¡Usted! qué quiere decir...

JULIO. No es aqui donde debemos explicarnos. Marchemos.

FED. Estoy á sus órdenes.

JOSE. }
ROSA. } ¡Deteneos... deteneos!...
MARG. }

(Al ir á salir Julio y Federico por el foro, aparece D. Venancio, y todos se detienen.)

VEN. ¿Qué es eso? ¿adónde vais de ese modo?

TODOS. ¡Ah! (Momento de silencio. D. Venancio mira con inquietud á todos los personajes, que se miran con inquietud entre sí como para comprometerse mútuamente á ocultar la verdad.)

ESCENA XII.

TODOS.

VEN. ¿Qué teneis? ¿por qué callais en mi presencia? ¿qué sucedia aqui cuando yo he entrado? ¿de qué se trata?

JOSE. De nada... ó de casi nada... De una carta escrita por

Federico.

VEN. ¿Y á qué escribirse cuando estamos todos reunidos? ¿Y á quién escribia mi nieto?

(Todos los ojos se fijan con sorpresa en D. José, que ha cogido el billete de manos de su mujer y dice despues de un momento.)

JOSE. Á mí.

TODOS. ¡Á él!

FED. ¿Cómo?

VEN. ¿Á tí? ¿Y qué diablos te escribe?

JOSE. Nada mas sencillo. Estamos en familia y nos importa á todos.

ROSA. (¿Qué vas á hacer?) (D. José la aprieta expresivamente la mano.)

MARG. Yo estoy temblando.

FED. Pero no acabo de explicarme... ¡Cómo! yo te he escrito...

ROSA. (Que ha seguido todos los movimientos de esta escena, y se coloca al lado de Federico.) Si, primo mio.

FED. ¡Ah! ¿tú crees?...

VEN. Déjame escuchar. Tengo curiosidad de saber...

FED. Y yo tambien. Lee, primo, lee. (Desde este momento José domina la escena. Á su izquierda Federico, entre Rosa y D. Venancio: á su derecha Julio y Margarita.)

JOSE. (Leyendo.) «Mi querido primo: tú me lo has dicho mas »de una vez, y yo soy al fin de tu opinion. Valgo mas en »el fondo de mi alma de lo que yo mismo me figuraba.»

FED. (Mirando á José con ira.) Yo he escrito...

ROSA. (Suplicante.) Si, primo mio.

VEN. Está bien, está bien, hijo mio; te felicito.

JOSE. «La vida que llevo es indigna de mí. Debo dar cuenta »de ella á mi pais, que espera de mí un ciudadano útil; »á mi familia, de la que yo debia ser... de la cual puedo »yo ser todavia el orgullo; á un anciano que me quiere »tanto y á quien engaño.»

VEN. ¿Á mí?

FED. Caballero... (Rosa le detiene.)

JOSE. «Á dos mujeres, á quienes llamo mis hermanas de la »infancia, á las cuales debo amistad sincera y protec»cion, y que por mí, tal vez, iban á ser desgraciadas.»

VEN. ¿Desgraciadas... mis dos hijas... y por tí, Federico?

FED. (Á D. José, en el colmo de su cólera.) ¿Yo he escrito... yo he podido escribir?...

ROSA. Y yo te suplico que persistas en tu resolucion... que no te arrepientas de haber tenido un leal pensamiento.

VEN. Y yo tambien te ruego...

FED. ¡Usted!...

VEN. Yo no conozco tus faltas... ni quiero conocerlas; pero no te avergüences de querer repararlas.

JOSE. Si quieres tú decir el final de tu carta, me evitarás leerle... Te esperan mis brazos, los de todos nosotros... Atrévete á no estrecharlos.

FED. Si, primo mio, yo he escrito todo eso, yo he debido escribirlo... Le he pedido que me busque una colocacion honrosa lejos de España, y me lo ha prometido. Á mi vuelta espero merecer todo vuestro cariño.

JOSE. Cuando el corazon no es malo...

FED. Ya lo ves, primo mio; cuando se me dan buenas razones, bajo siempre la cabeza. Decididamente puedes mas que yo.

JULIO. (Á Margarita.) Tú sola, rehusarás perdonar...

MARG. ¡Perdonar!... (Saca la cartera y rasga unas cartas.) Procuraré olvidar al menos...

JOSE. Debes hacerlo: le he visto sufrir y estoy seguro de él como de mí mismo.

JULIO. (Á media voz á José.) Tienes razon. En una hora he envejecido veinte años.

JOSE. (Riendo.) Lo que es el miedo. Ahora ya tienes cuarenta y eres de mi edad.

VEN. Pero ¿y que resulta de todo esto?

JOSE. Resulta que somos felices, y que yo, como presidente de este consejo de ministros, propongo á la aprobacion del público el siguiente proyecto de decreto. Artículo unico. «Se suprimen los primos.»

TODOS. ¡Aprobado! ¡aprobado!

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado la comedia Barómetro Conyugal, *no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.*

Madrid 24 *de Octubre de* 1859.

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

de Camacho.
el misterio.
y la espada.
a de la Finojosa.
l valle.
s de Madrid.
e y pasion.
n la cadena.
exótica.
y los balcones.
es.
d y el amor.
martes!!
d de un bandido, ter-
te de Diego Corrientes.
a de Covadonga.
a de la esperanza.
de la familia.
osa.
pro quos.
del zapatero.
emilla.
del pecado.
del zapatero.
los.
esía del vicio.

abarlú.
do y pocas nueces.
rbano.
aria.
lulces.
lanco.
e entiende, ó un hom-
o.
ntra nobleza.
todo lo que reluce.
odo de buscar marido.

loscientas mujeres por
tos.

Paco y Manuela.
Pescar á rio revuelto.
Por ella y por él.
Por una hija!...
Propósito de enmienda.
Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Por la puerta del jardin.
Poderoso caballero es D. Dinero.
Pelayo.

Quien mucho abarca.
¡Qué suerte la mia!
Quién vive!!
¿Quién es el autor?
Quien mal anda mal acaba.

Rival y amigo.
¡Rico... de amor!

Su imágen.
Similia similibus curantur, ó un clavo saca otro clavo.
San Isidro (*Patron de Madrid.*)
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.
Se salvó el honor.
¡Solo en el mundo!!

Tales padres, tales hijos
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.
Tres damas para un galan.

Un amor á la moda.

Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco.
Un par de guantes.
Una ráfaga.
Uno de tantos.
Una noche en Trifueque.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
Un dia de prueba.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Una broma de Quevedo.
Un si y un no.
Una Virgen de Murillo.
Una aventura de Tirso.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Un señor de horca y cuchillo.
Una equivocacion.
Un retrato á quema ropa.
Un cuerdo loco y un loco cuerdo

Ver y no ver.
Verdades amargas

Zamarrilla, ó los bandidos de Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

Medóro.
buena ley.
ica.)
nti.
s fco.
ches, vecino.
aventurero.
la Gitana.
larte.
. Juan.
orcaron á Quevedo.
ver.
lora.
nto, ó el Alcalde pro-
ido.

).
le una ópera.
e.
y la maja.
e.
l hortelano.
o de un difunto.

drama lírico).
azul.
carnaval.
n de la Rioja (*Música*).

El mundo á escape.
El novio pasado por agua, (*Música.*)
El diablo en el poder.
El esclavo.
El relámpago.
El Vizconde de Letorieres.
El capitan español.
El último mono.
El leon en la ratonera.
El Zuavo.
Farinelli.
Guerra á muerte.
Giralda.
Juan Lanas.
La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. (*Música.*)
Los dos Flamantes.
La vergonzosa en palacio
La Dama del Rey.
La Colegiala.
La espada de Bernardo.
La caceria real.
Los conspiradores.
La modista.
La huérfana.

La Jardinera.
La hija de la Providencia.
La Roca negra.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la córte.
Los diamantes de la Corona.
La pensionista.
La guerra de los sombreros.
La venta encantada.
La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.
Mateo y Matea.
Mentir á tiempo. (*Música.*)
Marina.
Moreto. (*Música.*)
Nadie toque á la Reina.
Pedro y Catalina:
Por conquista.
¡Quien manda, manda!
Simon y Judas.
Tres madres para una hija.
Tres para una
Un sobrino.
Un dia de reinado.
Un pleito.
Un cocinero.
Una guerra de familia.
Un Zapatero.
Un primo.

ion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40, ndo de la izquierda.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra	Robles.
Albacete	Perez.
Alcoy	Martí.
Algeciras	Almenara.
Alicante	Ibarra.
Almeria	Alvarez.
Avila	Palomares.
Badajoz	Rino.
Barcelona	Hered.ª de Mayol.
Idem	Cerdá.
Bejar	Coron.
Bilbao	Astuy.
Burgos	Hervias.
Cáceres	Valiente.
Cádiz	V. de Moraleda.
Cartagena	Muñoz Garcia.
Castellon	Perales.
Ceuta	Molina.
Ciudad-Real	Arellano.
Ciudad-Rodrigo	Tejeda.
Córdoba	Lozano.
Coruña	Garcia Alvarez.
Cuenca	Mariana.
Ecija	Garcia.
Ferrol	Taxonera.
Figueras	Bosch.
Gerona	Dorca.
Gijon	Crespo y Cruz.
Granada	Zamora.
Guadalajara	Oñana.
Habana	Charlain y Fernz.
Haro	Quintana.
Huelva	Osorno.
Huesca	Guillen.
I. de Puerto-Rico	Mestre.
Jaen	Idalgo.
Jerez	Alvarez.
Leon	Viuda de Miñon.
Lérida	Sol.
Logroño	Verdejo.
Lorca	Gomez.
Lucena	Cabeza.
Lugo	Viuda de Pujol.
Mahon	Vinent.
Málaga	Taboadela.
Idem	Cañavate.
Mataró	Abadal.
Murcia	Hered. de Andrion.
Orense	Robles.
Orihuela	Berruezo.
Osuna	Montero.
Oviedo	Mántaras.
Palencia	Gutierrez é hijos.
Palma	Gelabert.
Pamplona	Barrena.
Pontevedra	Verea y Vila.
Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Reus	Prius.
Ronda	Gutierrez.
Salamanca	Huebra.
San Fernando	Meneses.
Sanlúcar	Esper.
Santa Cruz de Tenerife	Power.
Santander	Laparte.
Santiago	Escribano.
San Sebastian	Garralda.
Segorbe	Mengol.
Segovia	Salcedo.
Sevilla	Alvarez y Comp.
Soria	Rioja.
Talavera	Castro.
Tarragona	Pujol.
Teruel	Baquedano.
Toledo	Hernandez.
Toro	Tejedor.
Valencia	Moles.
Valladolid	H. de Rodriguez.
Vigo	Fernandez Dios.
Villan.ª y Geltrú	Creus.
Vitoria	Galindo.
Ubeda	C. Treviño.
Zamora	Fuertes.
Zaragoza	V. de Heredia.